

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1912

NÚM. 1.611



La tsarina Leonor de Bulgaria
La reina Milena de Montenegro

La reina Isabel de Rumania
(Carmen Sylva)

La princesa Elena de Servia
La reina Olga de Grecia

REINAS Y PRINCESAS DE LOS BALKANES. (De fotografías.)

Mientras sus esposos e hijos, soberanos de las más viejas tierras de Europa, combaten por el triunfo de sus reivindicaciones, las reinas de los Balkanes, que comparten también sus esperanzas, se preparan para suavizar los horribles males de la guerra. Mujeres al par

de reinas, dirigen las Cruces Rojas, fundan hospitales de campaña y en tanto que en sus países resuena el choque espantoso de las armas, hacen germinar en todas partes un poco de ternura, de esperanza y de dulzura femeninas.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de los correspondientes a la serie del presente año. Este tomo es

NAPOLEÓN II (L'AIGLÓN)

MARTIRIO DE UN PRÍNCIPE

obra escrita por D. Juan B. Enseñat, a vista de documentos oficiales, correspondencias, biografías y memorias de la época.

En este libro se narra la historia, tan interesante como conmovedora, del infortunado príncipe, cuya vida es un drama doloroso y emocionante, que ha inspirado a los más ilustres poetas, desde Víctor Hugo hasta Rostand.

El tomo va ilustrado con profusión de retratos y de reproducciones de estampas de la época.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pequeño pierrot*, por María Thiery. — *La guerra en los Balcanes.* — *Jacinto Benavente.* — *El Sr. Francos Rodríguez en Barcelona.* — *Banquete en la Sociedad Astronómica de España y América.* — *D. Eugenio Montero Ríos.* — *Matrimonio secreto* (novela). — *Mr. Roosevelt.* — *La copa Gordon Bennet para globos esféricos.* — *Los diputados cretenses en el Parlamento de Atenas.* — *Roma. Fiestas del 16.º centenario de la victoria de Constantino el Grande.* — *Burgos. Fallecimiento y entierro del arzobispo Dr. Murúa.*
Grabados.—*Reinas y princesas de los Balcanes.* — Dibujo de Tamburini, ilustración a *Pequeño pierrot.* — *La música*, tríptico de L. Masriera. — *Picapedreros*, cuadro de E. Boss. — *Tripoli.* — *Guerra en los Balcanes.* — *La novia*, cuadro de J. Benlliure. — *Crisólida; En el taller del pintor*, cuadros de L. Romañach. — *Pesadilla; Nocturno*, dibujos de V. Carreres. — *J. Benavente.* — *Notas de Barcelona.* — *Eugenio Montero Ríos.* — *Roosevelt.* — *Bienaimé y Rumpelmayer.* — *Notas de Roma y Burgos.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En las playas de Túnez, donde estuvo situada la antigua Cartago, van a erigir a Gustavo Flaubert, el autor de *Salambó*, un monumento, reproducción del que tiene en Ruán, su ciudad natal, en la cual, por más señas, no sólo no le hicieron gran caso en vida, sino que, como el novelista solía pasearse por el jardín de su quinta de Croisset en trajes fantásticos, de mameluco y de bandido calabrés, le tomaban por diversión de los chicos, y prometían a éstos, si se portaban bien, enseñarles al Sr. de Flaubert al través de la verja.

Lo de los trajes fantásticos de Flaubert requiere una explicación. Flaubert hizo sus primeros estudios en plena época romántica; la admiración y el entusiasmo que sentía por Chateaubriand, Víctor Hugo y Walter Scott no reconocían límites. Y el romanticismo tenía sus afectaciones en el traje, como las tenía en otras muchas cosas, porque abrió en las costumbres y en los sentimientos profunda huella. Jorge Sand andaba en hábito de varón; Balzac escribía envuelto en una especie de sayal frailuno; Byron descubría su hermosa garganta con un cuello bajo y sin almidón, y Teófilo Gautier llevaba al estremo de *Hernani* un chaleco, color de cinabrio, según unos, rosa según propia confesión, y un pantalón verdemar. Los franceses, además (aunque parezca extraño), se han tomado siempre muchas más libertades con el traje que nosotros (hablo de la burguesía, no del pueblo, que ése obedece, en el vestir, a la tradición) y yo he visto, no ya en el período romántico, sino en el naturalista, a Richepín con un atavío completamente escarlata, ni más ni menos que un verdugo de la Edad Media, extravagancia que sin duda realizaba para llamar la atención, y para que los diarios tuviesen algo ameno y peregrino que contar de él.

Flaubert no obedecía a tal intención. Fué hombre distanciado de la prensa, aunque, como todo el mundo, trabajó en ella alguna vez. Nunca trató de exhibirse, y al contrario, bien se puede afirmar que, las tres cuartas partes de su vida, esquivó el trato de la gente, siendo el único período en que se dejó ver algo en los salones, aquel en que, publicada *Salambó*, se le festejó en los centros oficiales, y se le condecoró... ¡el mismo día y con la misma cruz que a Ponsón du Terrail!, lo cual hizo que estuviese a punto de devolver la condecoración, y lo hubiese hecho, si alguien no le contiene con una reflexión discreta: «Puede que Ponsón du Terrail, a su vez, crea que debe devolver la suya, por habérsela dado el mismo día que a ti»

Por entonces, las damas de la corte de la Emperatriz pedían a Flaubert un diseño de indumentaria de la princesa Salambó, para ostentarlo en un *costumé* de las Tullerías. Lo que veían en tan magnífica

novela histórica, no era sino un nuevo uniforme para la coquetería, un caprichoso disfraz. Flaubert salió del paso haciendo dibujar la vestimenta de Cleopatra con el traje de la diosa Isis, y las señoras se quedaron tan conformes. Difícil le hubiese sido a Flaubert apoyar en ningún documento la ropa de su heroína, cuyo nombre estaba tomado del de una divinidad fenicio-ibérica, la diosa Salambona, que en la Península tuvo aras y culto. Si por entonces fuese conocido el célebre busto de Elche, Flaubert hallaría en él algo que pudiera describir. Aquella mujer pálida y llena de misterio, con su tocado hierático, cabe que se asemejase a la hija de Hamílcar Barca, cuya figura singular es el alma de la bárbara epopeya de la sublevación de los mercenarios contra la República comercial y sin fe, que les negó su sueldo. El argumento de *Salambó* es, como el de *Germinal*, una huelga sangrienta, lo cual prueba que, en el fondo, los casos humanos no son tan varios como a primera vista parece.

Siendo todas las cosas tan opinables, no faltó, al publicarse la novela de Flaubert, quien la calificase de «fracaso». La primera, *Madama Bovary*, había sido acogida con tal entusiasmo por los literatos, con tal furia de escándalo por los moralistas, que de la noche a la mañana colocó a su autor en el pináculo, y fué proclamado jefe de una escuela, muy contra su voluntad. Porque Flaubert, que dió con *Madama Bovary* el golpe de gracia al romanticismo, renegaba del realismo, y no quería que una obra suya sirviese de bandera a tal escuela. Casi se pasó la vida renegando del libro que escribió, no diré por casualidad (parecería raro tratándose de un autor a quien cada obra costaba lustros), sino por una idea muy distinta del deseo de estudiar realidades. Flaubert tenía escrita *La tentación de San Antonio*, que es un poema, en prosa, en el cual pensaba desde la primera juventud y que había esbozado varias veces. Se lo leyó a su amigo y consejero literario Máximo du Camp, y éste lo condenó en absoluto, poniéndole mil defectos, y recomendó o el encierro en un cajón, para siempre, o el auto de fe, más radical. He aquí por qué digo yo que no se pueden dar consejos a los principiantes.

Generalmente se equivoca de todo en todo el más experto. *La Tentación*, entre *Madama Bovary* y *Salambó*, ocupa un lugar muy honroso, y ha ejercido influjo intenso en el arte neomístico de los últimos años del siglo. Aunque sólo fuese por el maravilloso diálogo entre la Esfinge y la Quimera, *La Tentación* viviría eternamente. Hay en ella, además, un profundo sentido simbólico, de que carece *Salambó*. El aseta tentado es el alma humana, que después de sufrir el embate de los siete pecados capitales, todavía padece la tentación de la inteligencia, pelea con la duda, es combatida por las diversas y encontradas opiniones filosóficas, pero sale vencedora, y, al pasar la hora sombría, al salir radiante el sol, ve en él, como solución y corona de la batalla, resplandecer la faz de Cristo. ¡Lástima grande que Flaubert hubiese hecho caso de la opinión del consultado, destruyendo el manuscrito de tan bella obra!

Lo que hizo fué aplazar la publicación y aligerar después bastante el texto, no sin aceptar otro consejo, al cual debemos *Madama Bovary*. «No te pierdas en esas evocaciones de lo pasado» — le había dicho du Camp —; «mira a tu alrededor, observa lo que conoces bien y has presenciado mil veces, y haz una novela contemporánea.» Recordó entonces Flaubert la historia de un médico que había conocido y cuya mujer, después de desórdenes de todo género, se había suicidado, y escribió la obra maestra, pero sin estimarla, literariamente, como estimó a *Salambó* después. Hasta se enfurecía si delante de él ensalzaban a la *Bovary*, y le aplicaba palabras que no están en el Diccionario.

No es inaudito el caso de artistas que tienen celos de sus propias obras, y casi siempre la estimación que hacen de ellas está en contradicción con el dictamen del público. Flaubert prefería *Salambó*, porque era el libro que estaba en su temperamento, el poema romántico, el género de *Los Mártires*, y frente a Valeda colocaba a su Sacerdotisa de la Luna. Sin embargo, entre las creencias típicas del romanticismo y *Salambó* existe enorme diferencia del tiempo transcurrido, de los métodos renovados del siglo transformado, del positivismo imperante; la exigencia de realidad o de lo que la remeda, dominando en la literatura antes llamada de imaginación. Y la imaginación, en *Salambó*, desempeña un gran papel; porque donde faltan documentos históricos, el poeta épico tiene que inventar. No obstante, hasta el modo de inventar sufre cambio importante: no se puede prescindir del documento, ni dar rienda suelta a la fantasía, como la diera Víctor Hugo en sus *Burgraves*, donde creó una Edad Media sin pies ni

cabeza, pegando gentil capirota a la historia y a la verosimilitud. Cartago bajo Hamílcar no sería exactamente cual la describe Flaubert, por más que recientes excavaciones confirman su topografía y parte de sus pinturas; pero al menos, no sabiendo cómo fué de un modo concreto y preciso, la imagen que formamos por la novela de Flaubert tiene caracteres impresionantes de verdad. Hay que añadir que el novelista se documentó cuanto pudo. Flaubert trabajaba muy despacio, tomando infinidad de notas, sacando a veces de un libro voluminoso tres renglones utilizables; además, hizo exprofeso el viaje a Túnez, estudió sobre los mismos lugares los aspectos de la naturaleza, y buscó las revelaciones de las ruinas, ya borradas y faltas de expresión, porque ¡hasta las piedras han desaparecido en aquella inmensa ciudad que contuvo 700.000 habitantes! Cuando le discutieron a Flaubert la exactitud de algunos portamentos, pudo alegar textos de autores muy respetables, contemporáneos del esplendor de Cartago, o poco menos, en abono de sus afirmaciones.

Sólo hay un capítulo en la obra, que siempre me pareció inverosímil, por más que recuerde un hecho pavoroso referido por Rudyard Kipling en alguna de sus novelitas. Me refiero al episodio titulado «El desfiladero de la Hacha» y en el cual cuarenta mil mercenarios son hábilmente acorralados por Hamílcar en el fondo de un valle que es un embudo, y del cual no pueden salir, viéndose reducidos, por el hambre que sufren, a morir desesperados, y a devorarse como fieras. Siempre me había parecido increíble que caigan así en una ratonera tantos miles de hombres, y que no logren salir de ella, por lo menos algunos, en rabioso esfuerzo. Y, leyendo estos días, con motivo del Cincuentenario, lo que dice de *Salambó* Jorge Sand, que era muy amigo de Flaubert y muy admiradora del libro, encuentro que también protesta del desfiladero y la encerrona. Sin duda en el grandioso poema cartaginés hay algo que rebasa de lo posible, pero el conjunto está tan esmaltado de observaciones, tan realzado por fuertes pinceladas, que la impresión es como de presenciar lo que Flaubert describe.

Flaubert había concebido los planes de todas sus obras — no fueron muchas — en la juventud, hacia los veinte años. Ya bullían en su cabeza cuando se le declaró el mal que le hizo desgraciado para toda la vida, y le llevó al sepulcro, no muy adelantado en la vejez, a los cincuenta y ocho años. Este mal horrible se llama epilepsia. Lo mismo ahora que en el siglo XVI, en tiempo de Paracelso que lo calificó de «temblor de tierra del hombre», es rebelde a la medicina, y ni sus causas, ni sus remedios han llegado a sospecharse. Paliativos de los accesos, valerianatos y castóreos se aplican; pero de curarlo no se alaba ningún médico, aunque se nombre Charcot.

Flaubert, desde que sufrió la primer convulsión, no tuvo una hora feliz, porque la incesante angustia de la repetición le causaba una misantropía y una amargura que se comprenden. Cortó el mal su carrera, modificó su carácter, y le inhabilitó para el trato social, que pocas veces quiso frecuentar, aunque, como todos los literatos de altura de su época, concurriese a las reuniones de la princesa Matilde Bonaparte. En la inteligencia también pudo notarse el estrago del mal. No la anubló, pero la detuvo en su evolución, quitándole la soltura y el libre juego de sus funciones. Abriéronse huecos en la memoria, y no acudieron nuevas formas de creación a la mente. Con un esfuerzo prodigioso, sudando y gimiendo, con lentitud que asombra, realizó lo que tenía proyectado, pero nada más.

Sabido es que en los fenómenos de la creación literaria pueden influir poderosamente las enfermedades nerviosas. La observación es fácil de comprobar en la literatura, tan genial a veces, de los que han parado en locos: Carlyle, Nietzsche, Guy de Maupassant, por ejemplo. Lo que en unos toma forma de excitación, en otros es comienzo de parálisis. Así le pasó a Flaubert, y sólo así puede explicarse su premiosidad, las cien veces que repasa y vuelve a repasar un párrafo, el escribir en un mes veinte páginas y declararse rendido, muerto de fatiga. Y así y todo, de las cinco o seis novelas de Flaubert, hay tres que son obras maestras pero ¿quién sabe lo que hubiese hecho si no estuviese bajo la garra del mal? No puede calcularse, ni aun definirse si haría más o menos, mejor o peor. No siempre la sanidad se trueca en belleza. Flaubert no es un loco, sino un torturado. Saludémosle como a maestro altísimo, y compadezcámosle, porque sus libros brotaron del doloroso fondo de la neurosis — «la gran neurosis», como sus biógrafos dicen —. No tiene poca suerte el que, en estos tiempos, logra librarse de neurosis grandes y chicas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PEQUEÑO PIERROT, CUENTO DE MARÍA THIERY (1), dibujo de Tamburini



Santiago, satisfecho, veía junto a su cama un pequeño pierrot

—¿Y bien?, preguntó ansiosamente la señora de Givry tendiendo las manos a su visitante.

Antes de que hubiese contestado, la sonrisa de Pedro Mande la tranquilizó.

—¡Ah!, exclamó. ¡Cuán contenta estoy!

—¡Y yo, estimada señora!

El joven cogió las manos de la señora de Givry y las besó suavemente con ferviente y respetuoso cariño.

La dama entonces hízole sentar a su lado, en el sofá, repitiendo con voz vibrante de emoción:

—¡Cuán contenta estoy!

Su alegría la rejuvenecía y hacía brillar con luz más intensa sus ojos, de un gris azulado, tan dulces y tan acariciadores. Sus mejillas, de ordinario algo pálidas, teñíanse de un color sonrosado y su sonrisa tenía todo el encanto, toda la gracia de una sonrisa juvenil. Y sin embargo, en sus cabellos, de un castaño claro, veíanse ya algunos hilos plateados.

—¡De modo que ya eres doctor..., doctor!.. ¡Mi pobre pequeño pierrot!

* * *

«Pequeño pierrot.» La señora de Givry, al llamar así a Pedro Mande, no lo hacía para emplear un afectuoso diminutivo de su nombre (2), y él lo sabía.

Así es que pensando en las cosas lejanas que aquellas palabras evocaban, el joven se emocionó aún más y de nuevo acercó sus labios a las tan suaves y delicadas manos que seguía oprimiendo entre las suyas.

—Señora, dijo gravemente, nunca me ha consentido usted que le expresara mi gratitud... Hoy que,

gracias a usted, el pobre huérfano ve abrirse ante él la carrera que ha escogido; hoy que un éxito definitivo corona la buena obra de usted, ¿permitirá usted al «pequeño pierrot» de otros tiempos la alegría de expresarle al fin toda la gratitud, todos los sentimientos?..

—No, hijo mío, murmuró la señora de Givry con acento suplicante; no me digas nada de lo que no merezco oír.

—¿Que no merece usted oír?... ¡Ah, señora!.. ¡Qué extrañas palabras son éstas!.. ¡Cómo! Acoge usted a un niño abandonado, lo educa usted al lado de su hijo, lo mismo que a su hijo y podría decir que con igual cariño; si el ingreso de su hijo en Saint-Cyr la colma a usted de gozo, el triunfo de su protegido le produce a usted una emoción que es para él más grata aún que el triunfo mismo... ¿y no quiere usted que le manifieste los sentimientos que embargan mi alma?... ¿Y pretende usted que ni siquiera debo darle las gracias?..

—No, respondió la dama palideciendo de pronto; no debes darme las gracias, Pedro; al contrario..., has de perdonarme.

—¿Perdonarla?..

El joven miraba estupefacto a aquella mujer que durante veinte años había sido para él la protectora más cariñosa, más abnegada; y las palabras que acababa de pronunciar «has de perdonarme» parecíanle desprovistas de sentido, y sin embargo le inquietaban.

La señora de Givry prosiguió con voz conmovida:

—Es cierto que he hecho por ti cuanto he podido, lo que no ha sido ningún mérito, porque en seguida te cobré gran cariño..., tanto, que mi hijo hubiera podido sentirse celoso si Santiago y tú no os hubieseis profesado ese afecto fraternal que todavía dura y que espero durará siempre. Pero nada ha podido hacer que sienta perdonada mi falta; y esta falta lejana aun hoy se interpone ante nosotros y turba la alegría de estos momentos... Para que pueda yo olvidarla un poco, para que pueda creerla

verdaderamente redimida, es preciso, mi «pequeño pierrot», que te la confiese y que me absuelvas.

—¡Por favor, señora!..

—Déjame hablar, hijo mío, porque te aseguro que no podré ser realmente feliz hasta después de habértelo dicho todo.

* * *

La señora de Givry se apartó un poco, juntó las manos y con la mirada lejos, en la lejanía de los recuerdos que quería hacer revivir, habló así:

—Santiago tenía tres años cuando murió su padre de una enfermedad de pecho. A pesar de las seguridades de los médicos más célebres, que afirmaban que la enfermedad de mi esposo había sido accidental y que yo no debía temer para mi hijo la terrible herencia, me inquieté tanto más cuanto que mi hijo había sido siempre, si no enfermizo, por lo menos muy delicado.

»La desgracia que acababa de sufrir hacíame excesivamente temerosa; temblaba por la única felicidad que me quedaba, por el cariño en que se refugiaba todo mi corazón, y la sola idea de que podía perder a mi hijo, como había perdido a su padre, me enloquecía. Para que mi Santiago pudiera fortalecerse, resolví pasar todos los inviernos en el Mediodía; y en efecto, mi niño poco a poco se fué robusteciendo y a los siete años, cuando tú lo conociste, si no era tan alto y tan fuerte como los muchachos de su edad, tenía siquiera tanta vida, tanta alegría como sus pequeños compañeros.

»Aquel año fuí a Pau. Aunque nunca salía de noche y no trataba de hacer nuevas amistades, estaba en relaciones con muchas familias extranjeras a quienes había encontrado en anteriores inviernos y esta fué la causa de que invitasen a Santiago a un baile de niños que daba una señora americana. Era en Carnaval, y el baile había de ser de trajes.

»Santiago estaba loco de alegría pensando en que iba a disfrazarse. Escogí para él la blusa de raso blanco, el amplio pantalón y el sombrero encintado

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

(2) *Pierrot*, en francés, es diminutivo de Pedro. (Nota del traductor.)

de Pierrot. ¡Cuán lindo estaba mi niño con la gorra que encuadraba sus sonrosadas mejillas, y con aquellos ojos grandes que brillaban de gozo!

dí encima de su cama y le dije que en la *Mi-Careme* habría otro baile, al que podría asistir. Mientras le hablaba, mi niño había cogido el sombrero encin-

morir, sacrificué al niño sin madre. Y aun sabiendo que entrar en el cuarto de Santiago constituía un peligro mortal, envié un mensajero a aquella mujer,



La Música, tríptico de Luis Masriera, destinado a Buenos Aires

»Con mucha anticipación, fué menester preparar el traje y probárselo. Pero tres días antes del baile tan impacientemente deseado, Santiago volvió de paseo con calentura; quejábale de la garganta y su cabeza abrasaba. Aquella misma noche se le declaró una fuerte angina...

»Nunca, nunca olvidaré las horas de angustia pasadas a la cabecera de la cama de mi pobre niño. El médico procuraba tranquilizarme, pero detrás de sus palabras se adivinaba la inquietud, y yo veía ya a mi hijo moribundo y le lloraba como muerto...

»Todo cuanto había yo sufrido a la muerte de su padre se despertaba, se reproducía; el duelo pasado avivábase con el temor de un duelo nuevo...

»¡Oh, Pedro! ¡Cuán crueles fueron entonces mis torturas! Esta es mi sola excusa, y ya sé que es insuficiente.

»Pero escucha el final de este drama, porque verdaderamente fué un drama de conciencia, un drama de dolor el que se desarrolló junto a la cama de aquel niño enfermo.

»En su fiebre y en medio de sus sufrimientos, mi Santiago no olvidaba el placer esperado, aquel baile de niños en el que tanto había de divertirse con su bonito disfraz, y contando los días, decíame: «Es pasado mañana, mamá. ¿Estaré ya bueno?» Yo le decía que sí con tal que estuviese tranquilo y animoso. Y entonces, con los ojos arrasados de lágrimas y los puñitos crispados por el dolor, mi adorado hijo dejaba que el médico hundiera en su garganta las terribles pinzas y soportaba la cauterización. Y yo, mientras sujetaba aquella cabecita dolorosa; yo, que en aquel rostro contraído por el sufrimiento veía la agravación constante, el peligro cada vez mayor, hacía proyectos con voz alegre.

»—¿No es verdad, doctor, que Santiago estará muy hermoso disfrazado de Pierrot? Cúrele usted en seguida... El lindo traje blanco está preparado para el baile.

»No, jamás olvidaré aquellas horas.

»Al día siguiente, el enfermito estaba tan abatido por la fiebre, que ya no pensaba en el baile, por lo menos no hablaba de él.

»Al otro día, lunes de Carnaval, las músicas de las mascaradas pasaban por delante de nuestra casa. Santiago las oyó; como apenas podía hablar, agitóse y gimió. Inclínada sobre él, comprendí que se acordaba de su disfraz y lo reclamaba; su fiebre aumentaba sin cesar. Hice llevar el traje, lo exten-

tado y le daba vueltas entre sus manecitas temblorosas.

»Fué preciso dejar cerca de él su lindo traje blanco de pierrot.

»Al siguiente día hablome del baile y me pidió que le pusiera el disfraz. Era imposible complacerle no sólo a causa de su extremada debilidad, sino, además, porque era de temer una recaída a la menor imprudencia.

»Santiago, en su deseo de enfermo, se excitaba, lloraba, gemía y yo no sabía qué hacer. Cuando comprendí que yo no cedería, cambié de capricho y pidió ver un «pequeño pierrot». Envié a comprar un muñeco, pero él lo rechazó: quería un «pequeño pierrot» vivo. En aquel momento llegó el médico y se alarmó ante aquel estado de violenta excitación que podía ser fatal para Santiago. Pero ¿cómo calmarle? Cuando el doctor se hubo marchado, el

a quien la esperanza de un lucro había de decidir, y le ofrecí una cantidad considerable... Compré una vida.

»Una hora después, Santiago, satisfecho, veía junto a su cama un pequeño pierrot, con su hermoso traje de raso, turbado, tímido, torpe... Toda la tarde permaneciste a su lado y mi hijo no te dejó partir hasta que le hube prometido repetidas veces que volvería a verte al día siguiente.

»¡Ay! Durante la noche, el terrible contagio había hecho su obra... Tú, ¡pobre niño!, caíste gravemente enfermo.

»¡Oh! ¡Quién comprenderá jamás lo que sentí cuando lo supe! ¡Estaba como loco! Acuséme de egoísmo y me consideré culpable de un asesinato,

olvidando que había obrado bajo el imperio de una angustia terrible... «Si ese niño muere, me dije, mi Santiago será maldito...»

—Y entonces, interrumpió Pedro Mande, hizo usted transportar a su casa al pobre niño y compartió entre los dos enfermos su tiempo, sus cuidados... y su cariño... ¡sí, su cariño!, porque desde aquel momento lo he sentido sobre mí como una protección, como una dulzura constante, sin comprender de dónde procedía en mí aquella felicidad. A mí, huérfano criado sin solicitudes, sin bondad, sin un beso, sin una palabra afectuosa, me hizo usted conocer el gozo inolvidable de las maternales caricias; usted ha sido la madre bendita que el cielo me enviaba después de tantos años de miseria... ¿Y esto, señora, esto es lo que yo he de perdonarle?

—Sí, hijo mío, porque te sacrificué, mur-

muró la señora de Givry; tomaba tu vida...

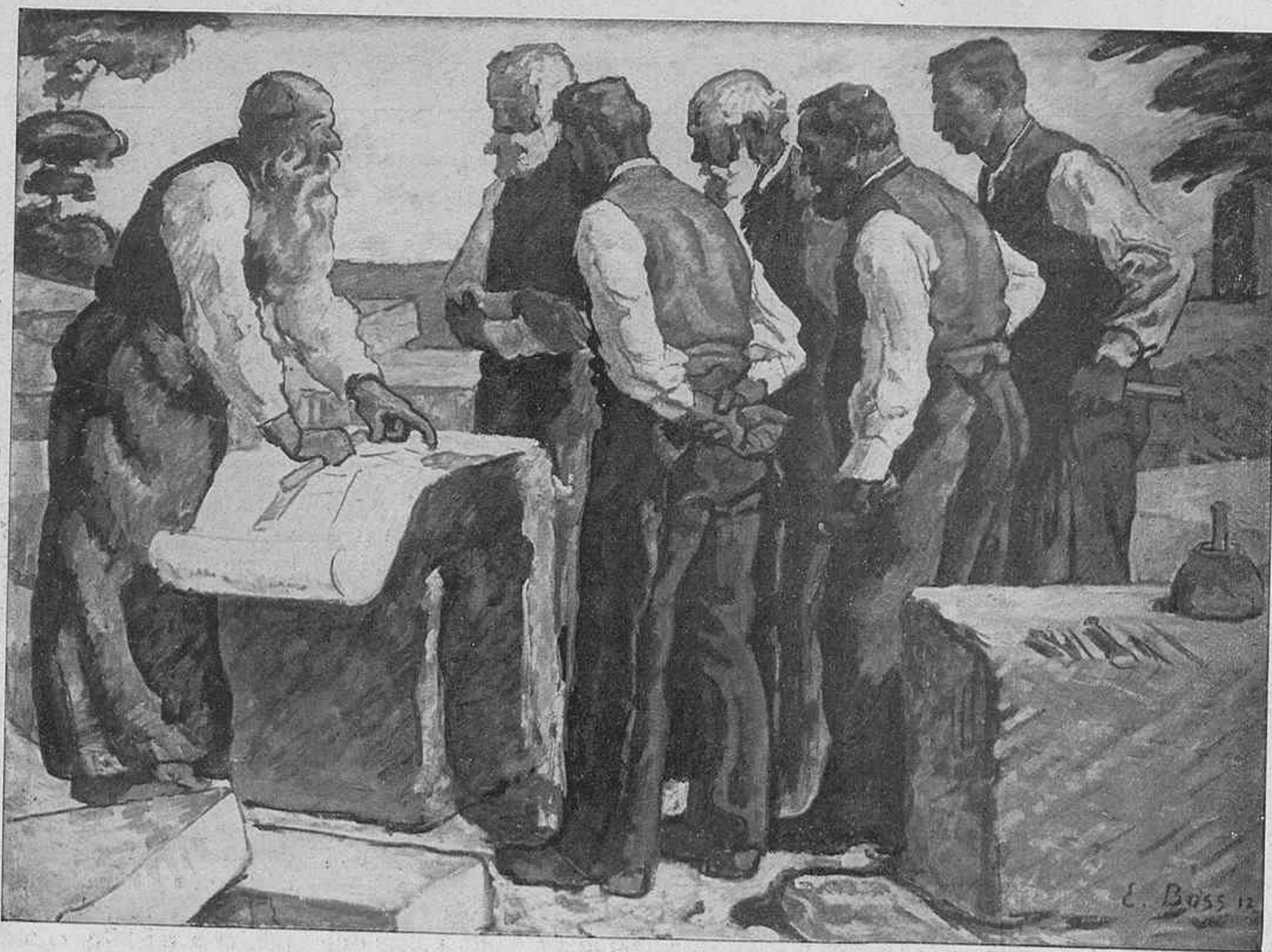
—La tomó usted para hacerme dichoso.

—¿De modo que de veras me absuelves?

Por toda respuesta Pedro apoyó su cabeza en las rodillas de su protectora y una vez más besó efusivamente sus manos.

Y la señora de Givry, sintiendo aliviada su conciencia inquieta, con inefable alegría, repitió el apelativo de su cariño familiar:

—¡Pequeño pierrot!

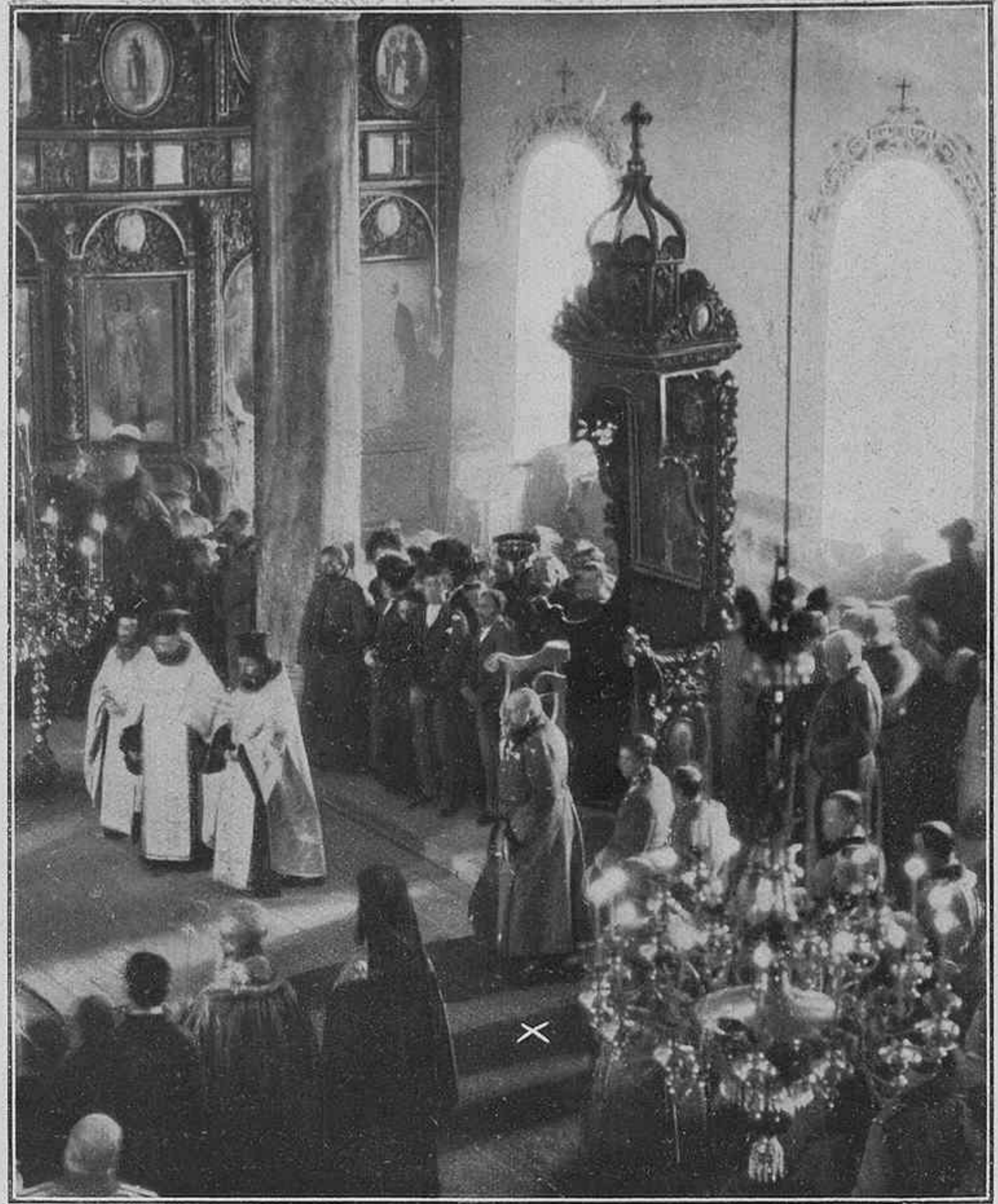


Picapedreros, cuadro de Eduardo Boss. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde. 1912.)

niño se exasperó aún más, y entonces... entonces, Pedro, fuí criminal... Yo no podía oír a mi hijo gemir y llorar; no podía ver cómo por momentos aumentaba su calentura... Lo veía perdido y quería salvarlo.

»En el patio de la casa que habitábamos, había encontrado yo varias veces a un lindo niño, menor, quizás, que mi Santiago, pero alto y robusto para su edad, a pesar de que, según me dijeron, vivía muy pobremente. Aquel niño, Pedro, ya lo supondrás, eras tú. Yo sabía que tu padre había muerto después de haberse casado dos veces, y que la mujer que te criaba era tu madrastra.

»Entonces, oje lo que hice: yo, cuyo hijo iba a



La guerra en los Balkanes.—Tedeum cantado en la catedral de Stara-Zagora en acción de gracias por la victoria de Kirk-Kilissé
El Estado mayor y la guardia real búlgaros entrando en el atrio de la catedral para asistir al Tedeum. — Interior de la catedral durante la celebración del Tedeum, ceremonia que presidió el tsar Fernando de Bulgaria (x). (De fotografías de L. N. A. Staff Photographer.)



Trípoli.—Lectura por un oficial italiano de la proclamación de la paz entre Italia y Turquía. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA GUERRA EN LOS BALKANES
(Fotografías de Chusseau-Flaviens, Delius y Rol.)



El general Dimitrieff, el vencedor de Kirk Kilissé, a quien se denomina el Napoleón búlgaro.

Por muy optimistas que fueran los partidarios de los Estados balkanicos y por mucha confianza que tuvieran en sus ejércitos, nunca pudieron creer que sus victorias fuesen tan continuadas y sobre todo tan rápidas como en realidad han sido. Los hechos han superado todas las esperanzas y el triunfo definitivo de los aliados y la derrota mas absoluta de los turcos, pueden tenerse por descontados cuando aun no hace un mes que comenzó la lucha. Bien lo demuestran los sucesos acaecidos durante la última semana y que someramente vamos a reseñar.

Los turcos, derrotados en Kirk Kilissé y en Eski-Baba, hicieron fuertes en la línea Lule Burgas y Tchorlu. Allí comenzó el 29 de octubre último la gran batalla que terminó cuarenta y ocho horas después con una victoria completa de los búlgaros y con la ocupación por éstos de Lule-Burgas, Tchorlu, Bunar Hisar y Visa.

Dada la índole de estas crónicas, no podemos entrar en pormenores acerca de esta batalla; diremos únicamente que los búlgaros se batieron con su acostumbrada bravura y que la caballería turca ofreció tenaz resistencia, pudiendo detener por unas horas el avance de aquéllos. Al fin los turcos hubieron de ceder ante el empuje de sus adversarios y ante la acción certera de la artillería enemiga, y se vieron obligados a emprender la retirada que, al principio, se efectuó ordenadamente, pero que no tardó en convertirse en terrible desbandada. Dícese que los otomanos, además de perder gran número de cañones, fusiles y banderas y gran cantidad de municiones, perdieron en aquella jornada 50.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Prosiguiendo en su movimiento de avance, los búlgaros ocuparon el día 3 de este mes Rodosto, en



Belgrado.—Manifestación popular para celebrar la toma de Uskub

el mar de Mármara, mientras otra parte de su ejército, la que tiene puesto sitio a Andrinópolis, se apoderó el día 1.º de Demotica, primera localidad importante en la línea férrea de Andrinópolis a Salónica. Delante de aquella plaza no han dejado más

sufridos, que pueda Turquía reunir tropas suficientes en condiciones de resistir a las de los búlgaros, que, aparte de su excelente organización, cuentan con la fuerza moral de sus anteriores victorias.

Los montenegrinos han ocupado Plevlye, en el sandjak de Novi-Bazar, y el día 29 del pasado octubre entraron en Ipek, la capital histórica y religiosa de los serbios, siendo acogidos por la población con indecible entusiasmo. El día 3 de este mes se juntaron en Ipek los ejércitos montenegrino y serbio. Continúan además el sitio de Eskutari, habiendo ocupado importantes posiciones cerca del río Kiri y en el monte Bardigniol y rechazado brillantemente varias salidas intentadas por la guarnición sitiada. El ejército sitiador arde en deseos de dar el asalto; pero el rey Nicolás sigue oponiéndose a ello a fin de evitar derramamiento de sangre. La rendición de la plaza es inminente y hace días que la artillería turca apenas contesta a la



Llegada a Vranja (Servia) de un grupo de prisioneros turcos

que tres divisiones y renunciando a tomarla por asalto, han establecido un asedio en regla, seguros de que la rendición de la misma es cuestión de pocos días, tanto más cuanto que los sitiados no pue-

montenegrina. Una columna serbia se ha dirigido a Eskutari para ayudar a sus aliados.

Los serbios siguen ocupando importantes plazas de Macedonia: Koprulu, Priboi, Pritzrend, Prilev,

El general Fitcheff, jefe del Estado Mayor búlgaro y al que se llama el Moltke de Bulgaria.

den esperar refuerzo alguno que intente siquiera libertarlos.

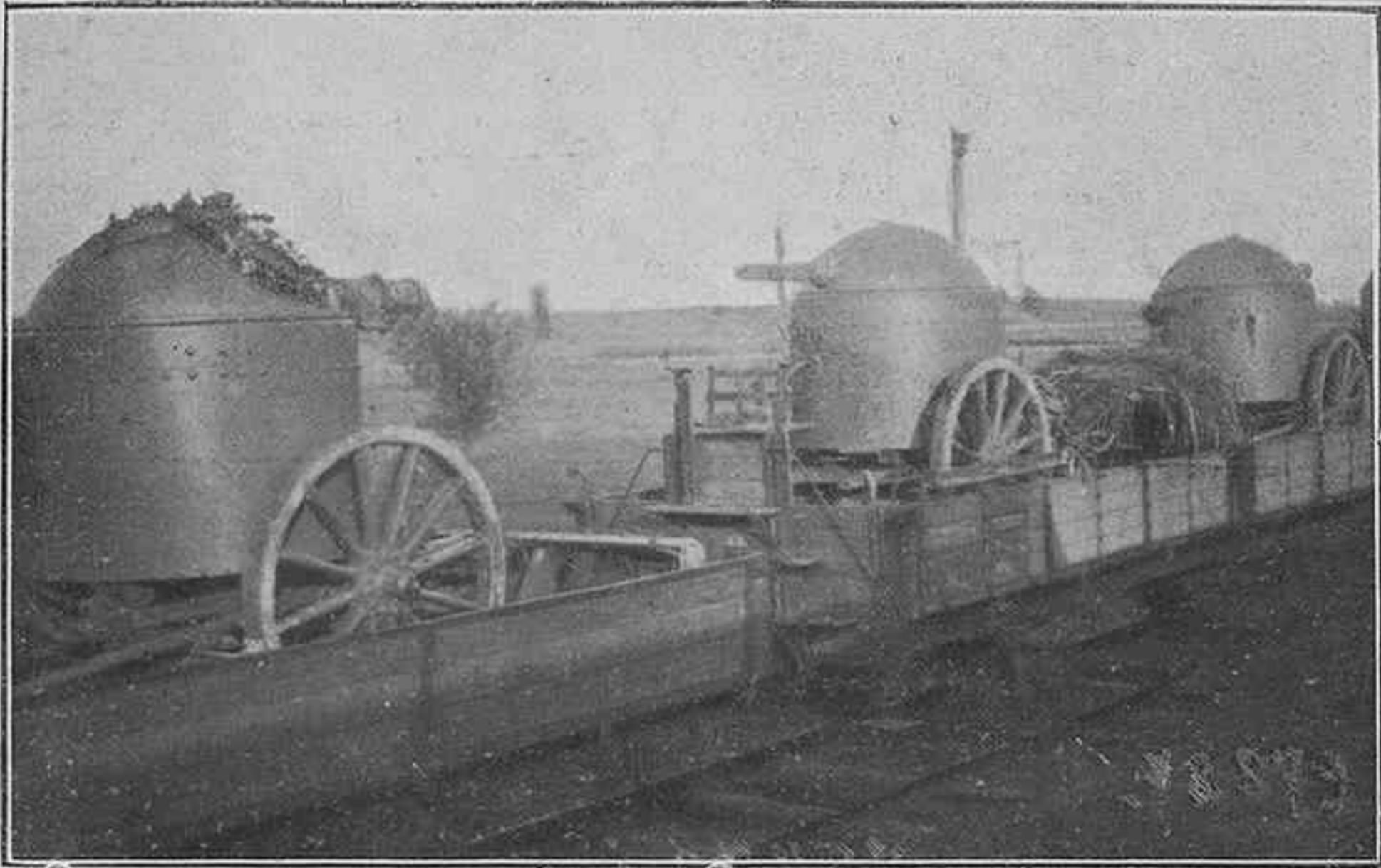
Los turcos se aperciben, según parece, a probar una última resistencia en las líneas de Tchatalscha, que sólo distan unos 40 kilómetros de Constantinopla y que podrían constituir una buena base de defensa, puesto que se apoyan por un lado en el mar Negro y por otro en el mar de Mármara y no pueden, por consiguiente, ser envueltas, no contando, como no cuentan, los búlgaros con una flota. Pero para ello sería preciso que en estas líneas hubiese un ejército bien organizado; y no es de esperar, después de los desastres

Tetovo y Gostivar están actualmente en su poder. Y su situación debe considerarse tan segura en aquella región que, además de las fuerzas que han enviado a Eskutari, han podido mandar 45.000 hombres para reforzar a los ejércitos búlgaros que operan en la Tracia.

También los griegos avanzan triunfalmente: el día 30 ocuparon la ciudad de Veria, cortando así la comunicación por ferrocarril entre Monastir y Salónica, y sucesivamente han ido apoderándose de Kailar, de Katerina, a la entrada del golfo de Salónica, de Grevena, a 20 kilómetros de la frontera del Epiro, de Prevetza, plaza importantísima para el aprovisionamiento del Epiro, y de Yanitsa, en el vilayeto de Salónica. A la ocupación de esta última ciudad precedió un largo y sangriento combate, en el que los griegos se apoderaron de catorce cañones y cuatro ametralladoras e hicieron muchos prisioneros.



Eskutari.—Soldados turcos subiendo un cañón a los fuertes de Tarabosch
(De fotografía de Harlingue.)



Transporte de cañones blindados búlgaros al cuartel general de Mustafá-Bajá. (De fotografía de Branger.)

La flota griega, por su parte, se ha posesionado, en el mar Egeo, de las islas de Thasos, Imbros y Samotracia; y un torpedero, logrando burlar la vigilancia de los fuertes del estrecho, penetró en el puerto de Salónica y echó a pique el pequeño crucero acorazado turco *Feth I Bulend*.

El general Ricciotti Garibaldi, hijo del célebre caudillo italiano, que ha organizado un cuerpo de voluntarios para combatir al lado de los griegos, llegó el día 3 de este mes, procedente de Roma, a Atenas, en donde fué recibido con gran entusiasmo. Créese que el cuerpo de garibaldinos alcanzará la cifra de 3 000 hombres.

Como se ve, los turcos son derrotados en todas partes y hoy apenas poseen más territorio en Europa que algunos kilómetros en las inmediaciones de Constantinopla. El ejército se halla completamente desmoralizado y se venga de sus derrotas incendiando y saqueando las poblaciones que se ve precisado a abandonar y asesinando a los cristianos indefensos. Todos los correspondientes refieren verdaderos horrores, que una vez más justifican la voluntad firmísima de los Estados balcánicos de que cesen para siempre en los territorios por ellos conquistados el despotismo y la barbarie de los otomanos.

Turquía, por mediación del embajador francés en Constantinopla, dirigió el día 3 una petición a las potencias para que intervinieran en el actual conflicto, expresando el deseo de que Europa propusiera y, en caso necesario, impusiera a los beligerantes un armisticio que permitiese formular las condiciones en que la paz podría firmarse.

Planteadas en estos términos la cuestión, las potencias no podían acceder a la demanda de la Puerta que, en el fondo, no era sino un expediente dilatorio para ganar tiempo, acaso con el propósito de reforzar su ejército y continuar luego la lucha. Así debieron comprenderlo aquéllas cuando rechazaron de plano la petición turca, que, aun en el caso de haber sido aceptada, no lo habría sido seguramente por los Estados balcánicos.

En vista de este fracaso, el gobierno otomano ha reiterado su demanda, pero esta vez en forma más aceptable, puesto que ahora ha pedido a las grandes potencias una mediación colectiva para la cesación

inmediata de las hostilidades y la fijación de las condiciones de paz.

Al mismo tiempo, el presidente del Consejo de Ministros de Francia Sr. Poincaré ha presentado a las grandes potencias las siguientes proposiciones: 1.ª, reconocimiento por las potencias de

los cambios políticos y administrativos en las regiones ocupadas por las tropas aliadas; 2.ª, conservación de la soberanía del sultán en Constantinopla y en la región de esta capital; y 3.ª, reunión de una conferencia europea en la que tomarán parte los Estados balcánicos. Estas proposiciones no han prosperado y la diplomacia sigue trabajando en busca de la fórmula que concilie tantas aspiraciones, cosa

Por otra parte, los aliados, fuertes no sólo en sus derechos sino también en el completo triunfo de sus armas, no parecen dispuestos a consentir que las grandes potencias que, durante tantos años, no han podido o no han querido imponer a Turquía el cumplimiento de compromisos solemnemente contraídos, quieran intervenir en su litigio en el momento en que ellos, por su propio esfuerzo, han logrado resolverlo enteramente a su favor.

Las potencias, además de trabajar activamente por la vía diplomática, comienzan a preocuparse seriamente de la suerte de sus súbditos residentes en Constantinopla, en donde se temen represalias contra los europeos cuando la población turca se convida de lo irremediable del desastre. Los embajadores cerca de la Sublime Puerta han adoptado grandes precauciones para la seguridad de sus nacionales y las grandes potencias han enviado ya y siguen



El general Ricciotti Garibaldi, que con un cuerpo de 2 000 voluntarios ha ido a Grecia para combatir contra los turcos. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

tanto más difícil cuanto que la actitud de alguna potencia, como Austria, no es tan franca como sería de desear para conseguir aquel objeto.

enviando buques de guerra a los puertos en donde los extranjeros puedan ser amenazados por los fanáticos.—R.



La novia, cuadro de José Benlliure y Ortiz
(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1912.)



Crisálida,
cuadro de Leopoldo Romañach



EN EL TALLER DEL PINTOR, cuadro de Leopoldo Romañach



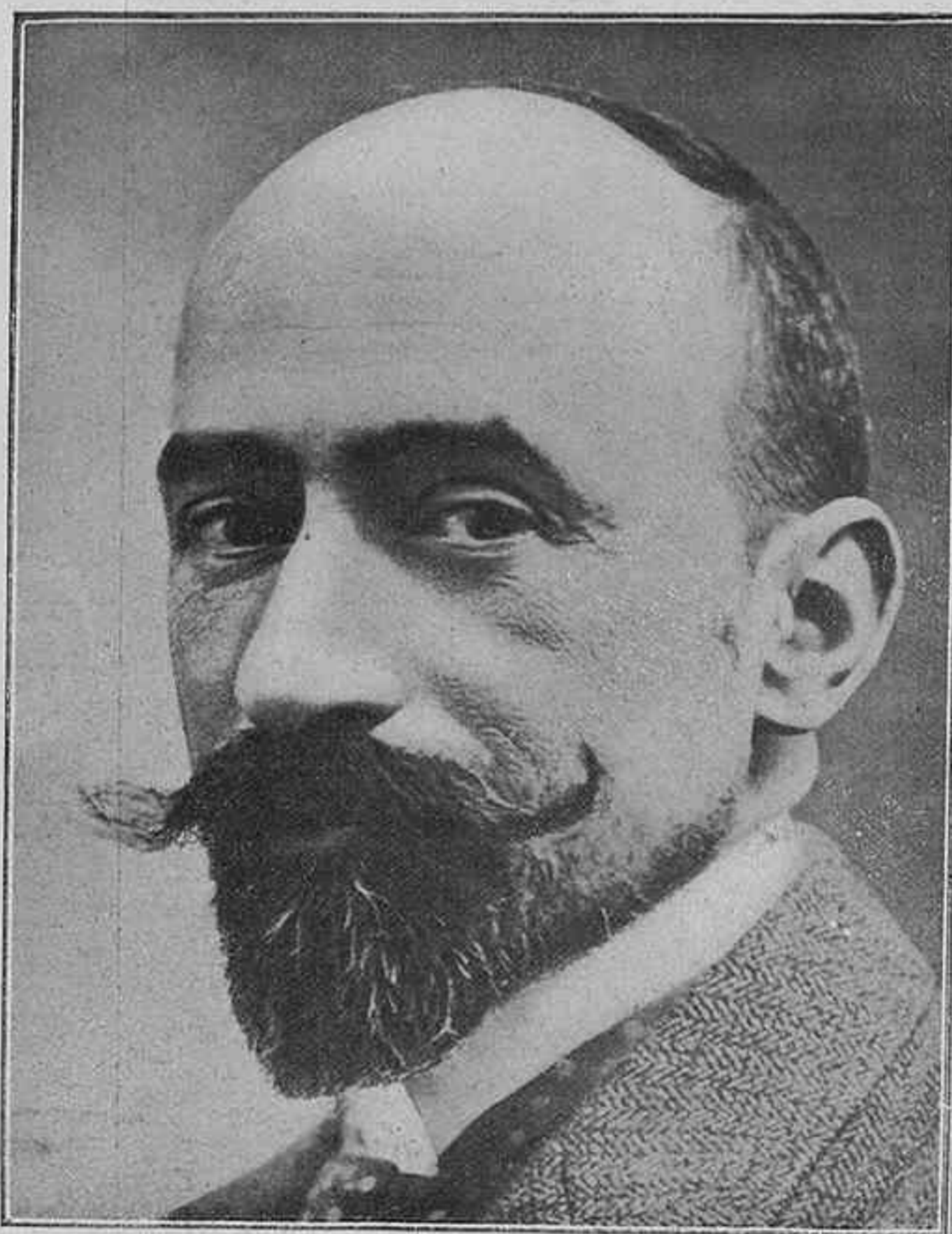
PESADILLA, dibujo de Vicente Carreres



NOCTURNO, dibujo de Vicente Carreres

JACINTO BENAVENTE

La Real Academia Española, presidida por D. Alejandro Pidal, ha elegido recientemente académico de número, en la vacante del ilustre polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo, al eminente dramaturgo D. Jacinto Benavente.



El ilustre dramaturgo D. Jacinto Benavente, recientemente elegido miembro de la Real Academia Española. (De fotografía.)

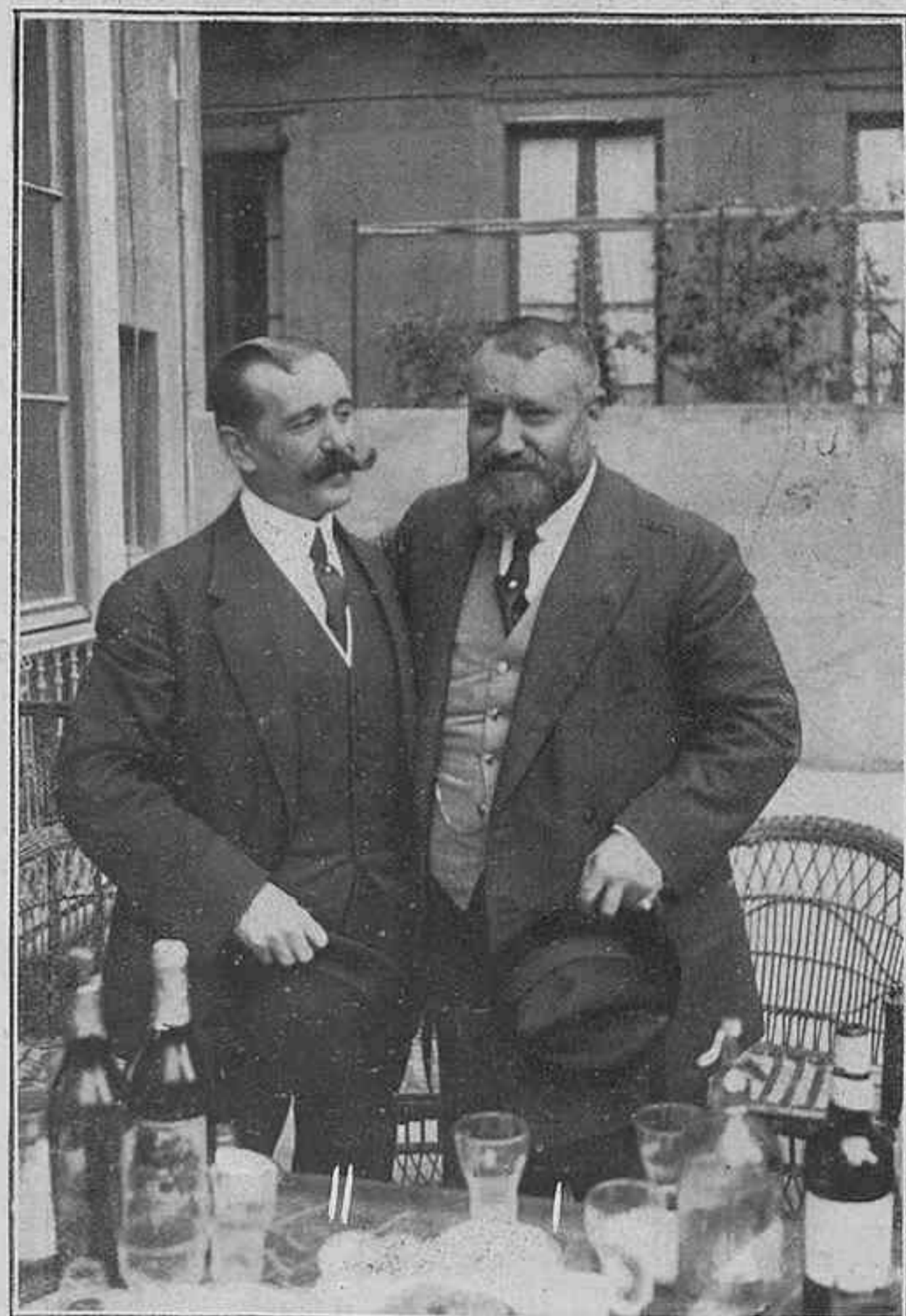
Apadrinaban la candidatura del autor de *Los intereses creados* los Sres. Echegaray, Rodríguez Carracido y Picón, y enfrente de ella habíase presentado la del distinguido escritor D. Manuel de Saralegui, patrocinada por los Sres. Rodríguez Marín, P. Mir y Cortázar.

Asistieron a la sesión, además del presidente, los académicos Sres. Fernández y González, Pérez Galdós, Echegaray, Picón, Catalina, Codera, Alemany, Rodríguez Marín, conde de Casa Valencia, Ribera, Cano, P. Mir, Mellado, Cortázar, Menéndez Pidal, Hinojosa, Comelerán y Cotarelo.

Puesto a votación el asunto, el Sr. Benavente fué elegido académico por quince votos, contra cuatro que obtuvo el señor Saralegui.

Este resultado se esperaba desde el primer momento, pues la candidatura del Sr. Benavente contaba con el apoyo de todos los elementos de la Academia, desde los de la extrema derecha representados por D. Alejandro Pidal, hasta los de la extrema izquierda, como Pérez Galdós.

Los académicos Sres. Maura, duque de Rivas y marqueses de Pidal y de Gerona, que no pudieron asistir a la sesión, manifestaron su voluntad de apoyar la candidatura del señor



Barcelona. En el *Círculo Madrileño*.—El diputado a Cortes Sr. Francisco Rodríguez (1), cuyo viaje a esta ciudad ha sido muy comentado, y el presidente del *Círculo* Sr. Urrutia (2). (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)

Benavente, y el Sr. Rodríguez Carracido, firmante de la propuesta, tampoco pudo concurrir por encontrarse enfermo. La elección del Sr. Benavente ha sido objeto de unánimes

elogios, pues constituye una justa recompensa de los grandes merecimientos literarios del elegido y no es más que la consagración oficial del fallo hace tiempo emitido por la opinión pública y por la crítica.

Jacinto Benavente, cuyos primeros pasos en la literatura apenas fueron advertidos, comenzó a darse a conocer con sus *Cartas de mujeres*, en las que se revelaba un literato con personalidad y estilo propios. Poco después de la aparición de este libro, dió al teatro su primera producción escénica, *El nido ajeno*, que inició sus éxitos como autor dramático. *Gente conocida*, *El marido de la Tellez*, *La comida de las fieras*, *Los malhechores del bien*, *La princesa Bebé*, *Los intereses creados*, *Rosas de otoño*, *Señora ama*, *Lo cursi* y *La escuela de las princesas*, han sido otros tantos triunfos para el Sr. Benavente y constituyen muchas de ellas verdaderas joyas de la literatura dramática española contemporánea.

EL SR. FRANCOS RODRÍGUEZ EN BARCELONA

El diputado a Cortes y exalcalde de Madrid Sr. Francos Rodríguez ha visitado recientemente nuestra capital. Su viaje ha sido objeto de largos comentarios en la prensa barcelonesa y madrileña, habiéndosele atribuido por una y otra gran importancia política. Se ha supuesto, en efecto, que el señor Francos Rodríguez venía comisionado especialmente por el presidente del Consejo de Ministros Sr. Canalejas para buscar, de acuerdo con los Sres. Roig y Bergadá, Prat de la Riba y Cambó, una fórmula que permita aprobar el proyecto de Mancomunidades y desvanecer al mismo tiempo las suspicacias del Sr. Montero Ríos.

El Sr. Canalejas y el propio Sr. Francos Rodríguez han negado la verdad de tal suposición, afirmando éste que sólo asuntos particulares le han traído a Barcelona y asegurando aquél que las dificultades que pudiera suscitar la aprobación del citado proyecto las resolvería él directamente sin otra mediación que la del gobernador civil y la de su representante político en esta ciudad Sr. Roig y Bergadá.

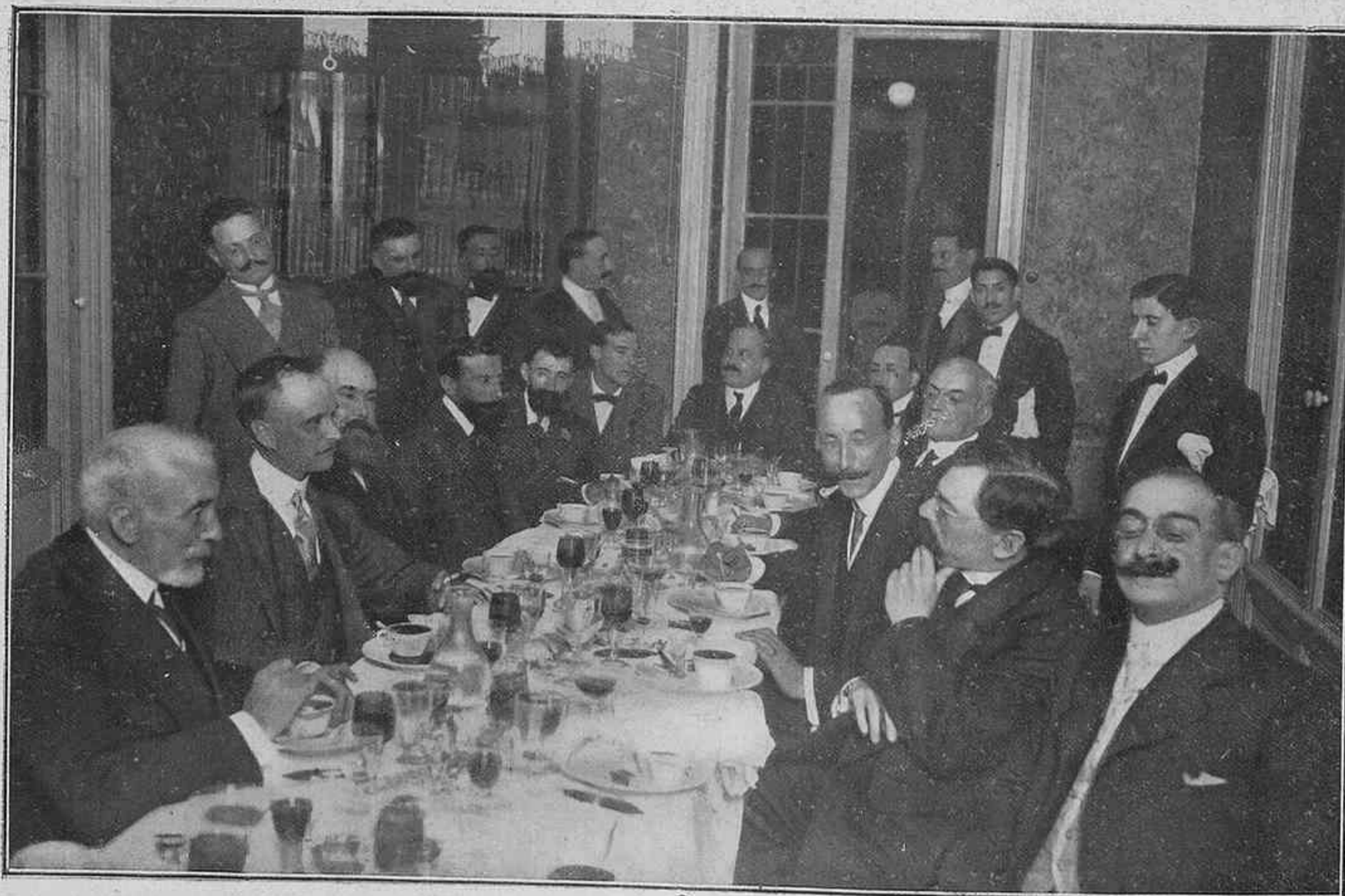
Durante su estancia en Barcelona, el Sr. Francos Rodríguez visitó el *Círculo Madrileño*, en donde fué recibido por el presidente Sr. Urrutia y por gran número de socios, que le obsequiaron con un vermouth. Allí departió amablemente con todos, enterándose de la organización del *Círculo* y elogiando los proyectos que tiene en estudio la junta directiva, especialmente el de organizar una exposición de los productos de la industria madrileña en esta capital.

BARCELONA. — BANQUETE

EN LA SOCIEDAD ASTRONÓMICA DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Para festejar la fusión de la Sociedad Astronómica de España y América con la Sociedad de Náuticos se celebró en el local de esta última, en el que se ha instalado también la primera, un espléndido banquete al que concurrieron además de los presidentes de las dos entidades, señores Comas y Solá y Anastasio Pascual, el capitán de navío Sr. Pérez Moreno, el conde de Benloch, el capitán de la *Transatlántica* Sr. Deschamps y otros muchos astrónomos y marinos.

En el momento de los brindis el Sr. Abad, felicitó a los señores Comas y Anastasio por sus iniciativas y al conde de Benloch por su magnífico regalo de aparatos astronómicos. Éste ensalzó la labor que la Sociedad realiza y el Sr. Anastasio expuso los fines de ambas sociedades. Hablaron también los Sres. Moreno y Presas. Todos fueron muy aplaudidos.



Barcelona.—Banquete celebrado en la «Sociedad Astronómica de España y América» para festejar la fusión de esta entidad con la Sociedad de Náuticos. (Fotografía de A. Merletti.)

EXCMO. SR. D. EUGENIO MONTERO RÍOS

La presente situación de la política española presta una vez más interés de actualidad a la figura del Sr. Montero Ríos, una de las personalidades más salientes del partido liberal y de las que más influencia han tenido en los destinos de nuestra nación y de más valimiento han disfrutado en las esferas gubernamentales.

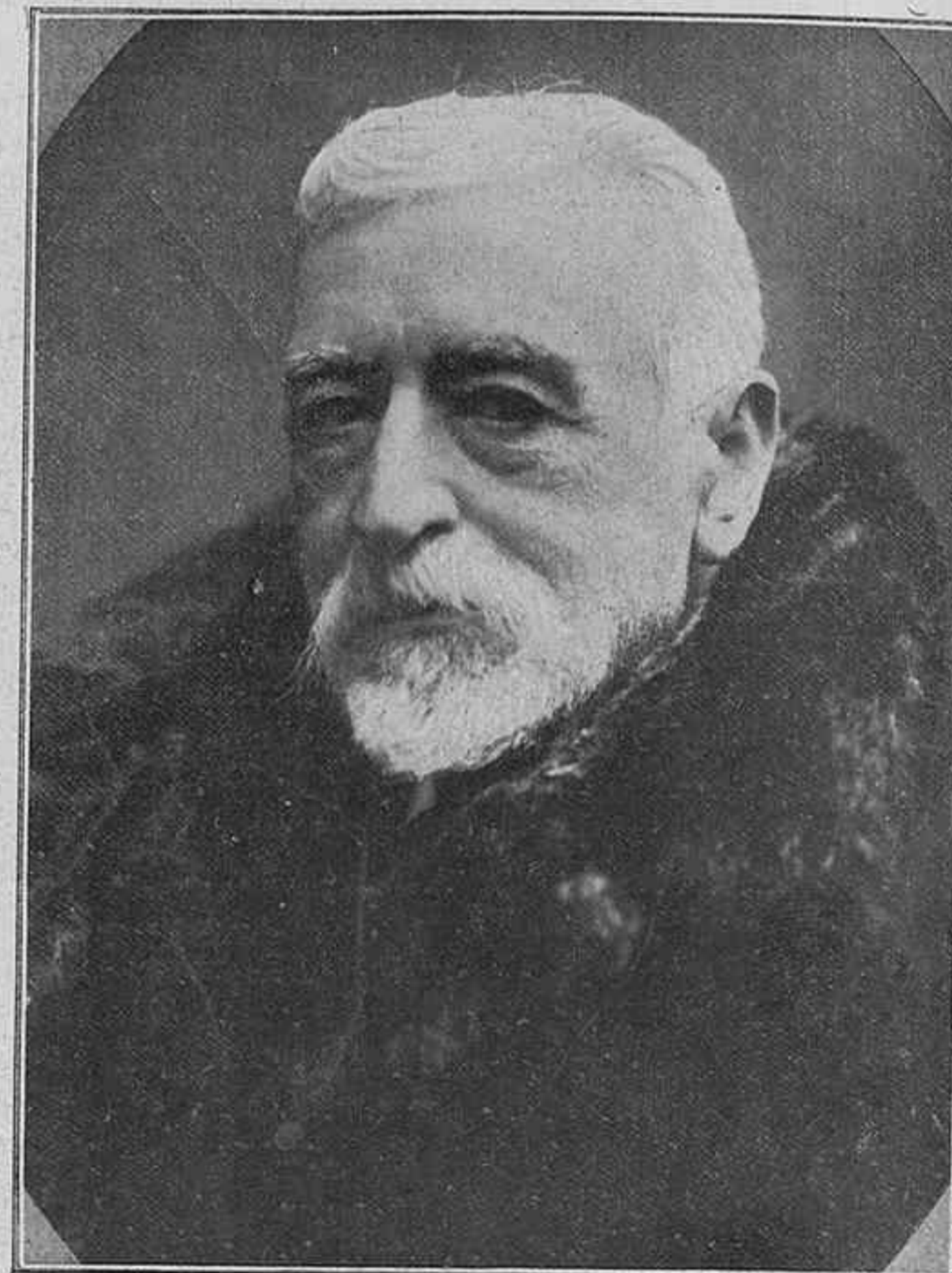
Desde que el Sr. Canalejas prohibió el proyecto de Mancomunidades que elaboraron las Diputaciones provinciales de Cataluña, anuncióse que el Sr. Montero Ríos no pasaría por que el tal proyecto se aprobase, pretextando que con él se atentaba a la unidad de la patria.

Discutióse largamente el proyecto en el Congreso de los

Diputados y al fin fué aprobado por una gran mayoría formada por elementos no sólo ministeriales, sino también de los partidos de la oposición.

Enviado el proyecto al Senado, la actitud del Sr. Montero Ríos contraria al mismo se ha hecho más manifiesta y más vigorosa, hasta el punto de haber dicho señor dimitido la presidencia de la Alta Cámara.

Dadas las costumbres y las tradiciones de nuestra política, este acto constituye un grave conflicto para el gobierno que, o ha de prescindir desde luego del Sr. Montero Ríos y acep-



Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos, presidente dimisionario del Senado. (Fot. Asenjo y Salazar.)

tar su dimisión, o ha de abandonar el proyecto de Mancomunidades, faltando a compromisos solemnemente contraídos. Lo primero significa una escisión en el partido liberal; lo segundo, el desestimiento de una obra que una gran parte de la opinión pública estima como base de la regeneración de España y que lleva el prestigio y la fuerza de responder a un acuerdo unánime de la Asamblea de Diputaciones provinciales celebrada hace pocos años en Sevilla.

En el momento en que escribimos estas líneas, el conflicto no se halla resuelto: menudean las conferencias entre los señores Canalejas y Montero Ríos y se sabe que éste exige co-

mo condición para retirar su dimisión, que se introduzcan en el proyecto de Mancomunidades modificaciones de tal naturaleza que lo destruyan por completo.

¿Accederá el presidente del Consejo a esta exigencia para evitar las consecuencias que para el partido liberal pudiera tener el disgusto del Sr. Montero Ríos? ¿Aceptará, por el contrario, la dimisión de éste y seguirá poniendo todo su empeño en que el proyecto se apruebe tal como salió del Congreso? ¿Se encontrará una fórmula que deje aparentemente satisfecho a todo el mundo?

Ajena enteramente esta ILUSTRACIÓN a la política, no podemos hacer vaticinios ni comentarios y nos limitamos puramente a narrar los hechos que justifican, por su carácter de actualidad, la publicación del retrato del Sr. Montero Ríos.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... sus hombros que se encorvaban como bajo un peso aplastante, todo en él era postración, capitulación, confesión...

Ella, la delicada criatura de siempre, de cutis ambarino, retrato viviente de su madre que recordaba que la flor hoy espléndida fué un día un capullo apenas entreabierto. Los dos fijaban sus miradas en Claudio, que secaba furtivamente sus ojos llenos de lágrimas, de esas lágrimas benditas que siempre quisieramos llorar. Y en las miradas de ambos se leía la misma interrogación muda que el doctor tradujo en seguida y a la que contestó sonriendo:

—Sí, ya comprendo... Me preguntáis qué es lo que va a pasar ahora, ¿no es verdad?

Realmente allí estaba ahora la temible incógnita del problema.

Llamado por aquel apremiante telegrama del doctor Lecoutellier, Enrique lo había dejado todo para volver a París, poniéndose aquel mismo día en camino. Desde el vapor corrió al tren y cubierto aún de polvo presentóse en casa de Claudio.

—¿Por qué me ha hecho usted venir?, preguntó en seguida febrilmente.

—Porque necesito de usted..., para su prima y para la madre de ésta, contestó simplemente Claudio.

—Pero bien sabe usted que nada puedo hacer por ellas. Además, ya dije a usted que entre ellas y yo se alza un obstáculo..., un deber insuperable que me impide volver a verlas...

—Y, sin embargo, ha debido usted sospechar que de ellas se trataba.

—En efecto, lo sospechaba; estaba seguro de ello.

—Y esto no obstante ha venido usted.

—Porque me ha llamado usted en términos que, viniendo de usted, no me permitían siquiera vacilar. Me telegrafió usted que iban a ocurrir sucesos

que exigían mi presencia aquí. ¿Qué sucesos son éstos?

—Los que acaso parezcan a usted menos probables, más quiméricos. En primer lugar, la reconciliación de usted con su padre...

—Es imposible..., para ello sería menester...

Se detuvo, pero Claudio continuó la frase que él había dejado en suspenso:

—Sería menester..., lo que ya no está siquiera en manos de su padre, ¿no es verdad?

—No comprendo..., balbuceó Enrique con voz alterada.

—Hago mal, dice dulcemente Claudio, en intentar penetrar, a pesar suyo, en el secreto de usted. Guárdelo usted, pues; pero también yo, en este momento, tengo un secreto que quiero conservar algunas horas todavía y del que ahora sólo puedo decirle: mañana, si Dios nos ayuda, una gran dicha se ofrecerá a usted y a aquella a quien usted ama, porque, ¿no es verdad que continúa usted amando a esa criatura de quien huye usted tan desesperadamente?

—¡Ah, si no la adorase!..

—No estaría usted en Tebessa, pobre joven... Pero, en fin, puesto que ha vuelto usted, es preciso que yo le dé noticias... de esa Rolanda... ¿Quiere usted saberlas?

Y aquel que apenas apeado del tren, después de atravesar el Mediterráneo, había corrido como un loco a la Escuela de Medicina, respondió con un estremecimiento que era un mentís anticipado a sus palabras:

—¡Para qué, doctor!

—Pues para saber que es siempre la misma, siempre valerosa, siempre fiel...

—¡Siempre!, murmuró Enrique cerrando los ojos para no ver una imagen demasiado querida.

—Pero ha ocurrido un grave incidente..., un drama..., en la casa de la avenida de los Ternos... Usted y Rolanda han corrido un peligro.

—¡Un peligro!

—Terrible.

—¿Ella y yo?.. No comprendo...

—Ya se lo contaré cuando tengamos más tiempo.

Por lo demás, tranquilícese usted; el peligro ha pasado y el drama terminó como una comedia..., salvo la boda final. Y ahora no hay allí ni más ni menos que lo que había la víspera de su marcha, lo que ha habido siempre mientras ha estado usted lejos: una criatura exquisita que un día dió su palabra, que no la retirará jamás y que espera pacientemente, valerosamente.

—¡Oh, amada mía!, balbuceó Enrique estremeciéndose.

—Y lo que puedo añadir a usted, hijo mío, es que tengo el convencimiento, casi diré la seguridad de que los días de ansiedad han pasado para no volver...

—¡Ah! Ya ve usted que es verdad que no le comprendo. ¡Y tanto como quisiera comprender!..

—Concédame usted crédito hasta mañana, y tenga usted fe, como su prima.

—¡Que tenga fe!, exclamó el joven con ademán de desconsuelo.

—Sí, también ella hablaba como usted ahora en sus momentos de lasitud. Ha perdido usted la fe y ahora se desespera: he aquí el castigo.

—¡La fe!, repetía Enrique abatido. ¿En quién debo tenerla? En la que con mi desesperación no puede hacer otra cosa que sufrir...

—En mí, hijo mío, que he de salvaros a los dos... y a alguien más con usted... Vamos a ver, añadió con su voz penetrante, no le pido más que unas horas de confianza que quisiera ver convertidas en horas de esperanza... ¿Le habría yo llamado a usted para despedirle luego con una decepción abominable?... ¿Me supone usted capaz de tanta ligereza, de tanta inconsciencia, de tanta crueldad?

—¡No!, exclamó Lorgerac apasionadamente. Sé que es usted demasiado bueno, demasiado generoso...

—Diga usted la verdadera palabra: demasiado compadecido de los dolores de aquellos a quienes amo para que intente hacer más agudos aún sus dolores... Pues bien, esa fe que quiero infundirle..., que le infundo ya, como lo prueba esa animación de sus ojos...

—¡Ah! Es que abre usted ante mí horizontes, tan vastos..., pero quizás tan engañosos...

—¡Tenga usted fe!. Concédmela hasta mañana...

—¿Por qué hasta mañana?

—Porque esperaba la llegada de usted para obrar.

—¿Necesita usted, pues, de mí?

—Ya se lo telegrafíe.

—¿Y para qué me necesita?

—Se lo diré a usted cuando le haya dado la bienvenida otra persona.

—¡Otra persona!., repitió Enrique palideciendo.

—Si no adivina usted quién sea, es que no merece usted ser amado como le aman.

—¡Ella!..

—Ella, sí; y quiero que vuelva a verla con la alegría en el corazón, así como se separó usted de ella con la desesperación en el alma. Ella, que mejor que usted, ha confiado en seguida en su viejo amigo... Sí, añadió contestando a un ademán de protesta de Enrique; y es natural porque me conoce mejor... Y a usted, Sr. de Lorgerac, puedo decirle, además, que sé lo que son el deber, la probidad y el respeto filial, y sabiéndolo, aseguro a usted que podrá usted, sin remordimientos, sin escrúpulos, sin reservas, abrir los brazos a la que vendrá aquí, porque la que vendrá, hijo mío, se llama también reconciliación, apaciguamiento, perdón...

He aquí por qué Enrique, después de una noche de insomnio y de fiebre, esperaba aquella mañana en la pieza contigua al despacho del Dr. Lecoutellier; por qué había acudido al llamamiento de Claudio; por qué no había resistido a la ternura, a la esperanza, al deseo, a todos los impulsos, a todas las voces juveniles que entonaban el himno del amor en su corazón de veinticinco años; por qué estrechaba ahora entre sus brazos a la adorada criatura recobrada; por qué, silencioso, interrogaba a Claudio con una mirada llena de angustia; y por qué, Claudio, a esta muda interrogación, que estaba también en los extasiados ojos de Rolanda, había contestado sonriendo:

—Sí, ya comprendo... Me preguntáis qué es lo que va a pasar ahora, ¿no es verdad?

Y como aquellos ojos llenos de angustia siguieran interrogando, respondió:

—Pues va a pasar, que tomaremos un coche...

—¿Para ir adónde?

—Ya lo veréis; pero una vez allí, aun tendréis que armaros de un poco de paciencia... Sí, una vez parado el coche delante de la casa en donde yo entraré, vosotros os quedaréis en él y esperaréis a que yo vaya a buscaros.

—¡Esperar!, exclamaron los dos a un tiempo.

—Sí, y quizás mucho rato..., una hora tal vez... Porque la cosa puede durar una hora... En fin, añadió con un buen humor que reanimó la esperanza de aquellos muchachos, ya tendréis paciencia... ¡Tenéis tantas cosas que deciros!.. Y sé bien que en el puesto de usted, Sr. de Lorgerac, y en el tuyo también, Rolanda, esa hora no me parecería muy larga...

Dicho esto, oprimió el botón de un timbre y en seguida apareció su secretario.

—¿Ha llegado el coche?, le preguntó.

—Sí, señor doctor; hace rato que espera.

—Pues entonces, vamos, hijos míos.

Y en voz baja, tan baja que ellos apenas pudieron oírlo añadió:

—Yo, a la batalla; vosotros, a lo que Dios disponga.

XI.—LA BATALLA

En el palacio de Aspremont, aquella mañana, como todas, el barón de Lorgerac abrió su voluminosa correspondencia amontonada en la mesa de su despacho, que, en otro tiempo fué el del conde Gerardo. Su correspondencia era entonces más volumino-

sa que nunca, porque nunca el barón de Lorgerac se había visto lanzado a un torbellino tal de negocios... Lanzado..., mejor pudiera decirse arrastrado hasta el punto de temer a cada momento verse sepultado en aquella vorágine.

¡Ah, cómo se parecía al presidiario condenado a cadena perpetua aquel hombre tenido por inmensamente rico y que, desde hacía mucho tiempo, no se atrevía a formar el balance exacto de su deber y haber! ¡Cómo surcaban su frente las arrugas, cada día más profundas! ¡Cómo la amargura contraía sus delgados labios! ¡Cuánta preocupación, cuánta incertidumbre, cuánta ansiedad había en los ojos hundidos de aquel hombre que pasaba por dichoso y era envidiado por los que no habían penetrado el secreto de su vida!

¿Pero quién habría podido penetrar aquel secreto cuyo misterio era ahora su única salvaguardia? ¿Quién habría podido leer en las arrugas de aquella frente impenetrable, en el acero de sus ojos impasibles, en la sonrisa estereotipada en sus labios, en aquella súbita transformación de su actitud, de su mirada, de su rostro, así que delante de un testigo cualquiera, aunque fuese un criado, el barón volvía a representar su papel? Su papel insosteniblemente irónico de hombre rico, de hombre feliz.

Pero por acorazado que esté el corazón, hay lasitudes que son prostraciones, recuerdos que son remordimientos, exámenes de conciencia que son condenaciones sin apelación. Y en aquellos momentos ¡cuán digno de compasión era el barón de Lorgerac, en el umbral de la ancianidad buscando en vano, en la soledad de aquel palacio, a los que habrían sido, no la alegría, porque la alegría está vedada a los que tienen un pasado tenebroso, pero siquiera el consuelo, el apoyo de su vejez triste, inquieta, conturbada.

¿Dónde estaban los que debieran haberse hallado allí? Genoveva se había refugiado en un convento en donde iba a comenzar su noviciado. Enrique había desaparecido, poniendo millones de leguas entre él y aquella casa a la que había dicho, al partir, que no volvería nunca más. Y había partido sin una vacilación, sin una palabra de despedida, sin pedir, sin aceptar el menor socorro, nada que pudiera proceder de la que él llamaba fortuna deslealmente adquirida...

Y en su soledad, en su aislamiento, en la tristeza de aquella casa muda, el barón se dejaba invadir por esta idea, que había llegado a ser para él una obsesión:

—¡Ah, si pudiese restituirl!..

Sí, a esta situación había llegado. De buena gana, ya que no con verdadera voluntad, habría devuelto a aquellas mujeres los millones del conde de Aspremont; y se los habría devuelto no por piedad, pues la piedad no había entrado aún en su corazón árido; no por remordimientos, pues el remordimiento tampoco hablaba con voz tan fuerte que ahogase las del interés y del egoísmo; sino por lasitud, por desaliento. Los habría devuelto, como capitulando, para tener en torno suyo vida, juventud, ruido..., y acaso también un poco de afecto. Porque hasta en los corazones más secos, el afecto de otro ser viviente acaba por ser una necesidad, una aspiración desesperada.

¿No explica esto, por ventura, ciertas afecciones, profundas y singulares, hacia ínfimos compañeros de la vida, hacia humildes animales domésticos? Y pensando quizás en estas humildes amistades, murmuraba a veces el barón en su soledad:

—No tengo a nadie para quien yo no sea un extraño, ni un hijo, ni un amigo, ni un perro.

Y entonces, para reaccionar contra esas ideas desconsoladoras, para olvidar, volvía a sumergirse, humillada la cerviz, en las especulaciones, en aquel juego desenfrenado y espantoso de dinero, en el que la suerte se le obstinaba en mostrarse adversa... Acaso también le impulsaba a ello la esperanza falaz que le perseguía como idea fija, de vencer al fin la mala fortuna, de ponerse nuevamente a flote y poder arrojar a aquellas malditas mujeres lo que era causa del trastorno de su casa y de su existencia.

Porque, y esto era lo más terrible, en aquel entonces ni siquiera podía restituirl... Los millones del anciano conde de Aspremont ya no los tenía, y reuniendo todo aquello de que podía disponer, aun vendiendo el palacio y la hacienda de Aspremont, no habría podido juntar la cantidad necesaria. Y aunque hubiese podido juntarla, habría sido inútil e insuficiente, porque su deuda, cada día mayor, representaba otro tanto, si no más, de todo cuanto hubiera podido realizar.

Su balance, que no se atrevía a formar pero cuyos totales deplorables calculaba aproximadamente, era muy sencillo: si en aquel momento liquidaba, no le

quedaba nada. Su fortuna, la de su mujer, la del conde Gerardo, todo había desaparecido en el abismo. Sólo su crédito lo sostenía. Su actividad, su inteligencia, su sentido especulativo no servían, desde hacía mucho tiempo para otra cosa que para un trascurso incesante de las cantidades que pasaban por sus manos... Tomaba dinero con una mano para pagar con la otra; satisfacía una deuda contrayendo otra nueva. Y se decía estremeciéndose:

—Si me faltase ese crédito que me sostiene, si se supiera que no poseo este palacio, que he vendido la hacienda de Aspremont..., si hubiese en el mundo financiero un pánico, menos aún, una simple sospecha, estaría irremisiblemente perdido.

Y del mismo modo que en un momento de cólera y de pánico se lo había confesado a su hijo, añadía ahora, bañada en sudor la frente:

—Si me viese obligado a liquidar bruscamente, si la curia examinase de cerca mis negocios, si con el código en la mano viniesen a comprobar mis cuentas, a discutir mis últimas operaciones, ¡qué sería de mí!..

Y no osando seguir el examen de su situación y de su conciencia, deteníase ante la visión de aquel tribunal correccional adonde son llevados los financieros que han jugado demasiado audazmente con la hacienda ajena y que es tan implacablemente severo para esos príncipes destronados.

He aquí en lo que pensaba aquella mañana en la soledad de su despacho el barón de Lorgerac mientras con mano impaciente abría su correspondencia cuando llamaron a la puerta. Aquel ruido, que anunciaba la llegada de un testigo, de un indiscreto, bastó para que se serenase, para que se desarrugase su ceño y su rostro recobrase su impasibilidad. Y con su sequedad y calma habituales, dijo en alta voz:

—Adelante.

Era José, el ayuda de cámara, que llevaba en la mano una tarjeta.

—¿El señor barón recibe?

Ciertamente que recibía. En aquella hora, la puerta de su despacho estaba abierta para los industriales, los especuladores, los bolsistas, los prestamistas, en una palabra, para toda aquella legión ruidosa que cada mañana desfilaba delante de él. Sin embargo, al ver la tarjeta que llevaba en la mano su criado y que anunciaba a un familiar de la casa le preguntó:

—¿Quién es esa persona?

El ayuda de cámara, sin contestar, entregó la tarjeta al barón que la cogió con indiferencia, pero que, en cuanto la hubo leído exclamó:

—¡El Dr. Lecoutellier!.. ¿Es él quien está aquí?

—Sí, señor barón; por lo menos me figuro que es él: un hombre alto, robusto, con los cabellos largos y toda la barba, y que lleva la roseta de la Legión de Honor...

—Él es.

Y como tenía las cualidades de sus defectos y de sus vicios y era hombre de resolución y de lucha, dijo a José:

—¿Qué espera usted?.. Que pase el Dr. Lecoutellier.

Aquellos dos hombres nunca se habían encontrado frente a frente y, sin embargo, se conocían bien. Claudio, desde el primer momento en que la casualidad le mezclara en la aventura de Manuela, tenía su concepto formado sobre el valor moral de aquel a quien ahora miraba con ardiente curiosidad para ver si se parecía a la imagen que de él se había formado... Sí, aquel hombre se asemejaba a su alma: aquella frente obstinada, aquella boca de labios delgados e impasibles, aquellos ojos que no rebujaban su mirada sino que se apercebían al ataque como a la defensa... Sí, aquel hombre tenía un alma formada de un metal duro, y ruda había de ser la batalla contra aquel luchador que parecía buscar ya el sitio en donde herir al adversario.

Pero Claudio contaba con el inesperado efecto de un arma que él esgrimiría al azar, y que, si daba en el blanco, pondría fuera de combate al enemigo... Aparte de que, ¿esgrimiría realmente al azar aquella arma en la que cifraba toda su confianza? ¿No tenía el convencimiento, ya que no todavía la certeza, de poseer el secreto de Francisco de Lorgerac?

Enrique ni nadie le habían revelado nada de lo que sólo dos hombres en el mundo sabían positivamente: el barón y su hijo. Pero desde el drama íntimo que había alejado de aquella casa a los dos que debieran haber sido los últimos en salir de ella, Enrique y Genoveva, el doctor se había consagrado a descifrar, como si fuese un problema de matemáticas, aquel misterioso enigma, y con su espíritu científico había ido poco a poco eliminando de él todo lo que no era la solución en la que al fin había acabado por fijarse, diciendo:

—Esta es la única probable, porque es la única lógica, la única que todo lo explica.

Y dueño de esta clave, de esta suposición que aclaraba para él lo que para los demás eran tinieblas, habíase informado discretamente y todo lo que había averiguado y que para los no iniciados carecía de importancia, confirmaba en su sentir, su hipótesis. Y ahora, si no la certeza palpable, tenía el conocimiento matemático de que su arma no heriría al azar sino en el sitio preciso y decía en conclusión:

—Sí, la batalla será dura..., pero la ganaré.

He aquí lo que el barón de Lorgerac, si hubiese podido llegar al fondo del pensamiento de Claudio, habría leído con espanto en aquellos ojos que le miraban con tan ardiente curiosidad. Pero por resuelta, por penetrante que fuese su mirada, no podía sumergirse hasta el secreto del alma y se detenía en la superficie de aquel adversario que al fin se le ponía delante. Porque el barón sabía que aquel hombre era el amigo, el protector, el fiador de aquellas mujeres de quienes, sin aquel salvador, veríase desembarazado, desde hacía mucho tiempo, quizás desde el día de la primera tentativa de Manuela Casteras y, por consiguiente, nadie habría vuelto a oír hablar de ellas y Enrique no las habría encontrado.

¡Enrique! También de éste era amigo y consejero aquel hombre, que había hecho posible la partida del hijo rebelde, que le había dado el medio de vivir en tierras lejanas y de encontrar allí, según parecía, modo de ganarse el sustento. Respecto de esto sólo sabía lo que su hijo le dijera cuando le había hablado por última vez anunciándole su resolución irrevocable. De suerte que aquel hombre era quien había ayudado y perpetuado la protesta viviente de la viuda... (en su foro interno ya podía denominarla así) de Rolanda de Aspremont, y apoyado y acaso provocado la rebeldía de Enrique. Era, pues, su más cruel enemigo.

Esto era lo que veía y se decía, y contra semejante hombre poníase resueltamente en guardia.

¿Qué quería de él aquel hombre? ¿Por qué venía a su casa? ¿Por él mismo? Ciertamente no; venía por alguno de aquellos de quienes se había constituido en Don Quijote. ¿Por cuál de ellos? Pronto lo sabría, como sabría también el objeto concreto de aquella visita tan inesperada.

Y siempre impasible, siempre correcto, el barón, con su voz seca y breve, preguntó:

—¿A qué debo el honor de su visita, señor doctor Lecoutellier?

Pero Claudio, que desdeñaba las pequeñas escaramuzas y a quien repugnaban las habilidades de la discusión, que no son en realidad sino equívocos y lazos, respondió:

—Sr. de Lorgerac, ya debe usted suponer qué interés me preocupa... Además, los dos no somos unos desconocidos el uno para el otro.

—En efecto, caballero, conozco a usted... Tengo muchos motivos para conocerle...

—Y para odiarme.

—Le dejo a usted la libertad de su opinión.

—Espero sin embargo, que algún día me conocerá usted mejor y rectificará sus sentimientos.

—¿Lo cree usted así?, replicó el barón con una sonrisa jovial.

—Sí, lo creo así, Sr. de Lorgerac... Pero no se trata de mí en este momento.

—Me lo figuro.

—Se trata de una persona que le toca muy de cerca.

—Supongo que se refiere usted a mi hijo. Sé, en efecto, que, gracias al nombre de usted, a sus relaciones, a su influencia, ha podido substraerse a la autoridad de su padre, faltando a sus deberes.

—¿Esto opina usted?, replicó Claudio, con su voz lenta y grave.

Y sin esperar la respuesta del barón, añadió:

—No, caballero, no vengo a hablarle de su hijo.

—Sin embargo, no sé que conozca usted a otra persona que me toque de cerca.

—Conozco a la hija de su primo Aspremont...

—Veo que es usted franco, respondió el barón secamente. Yo también seré categórico... Sé que usted se interesa por dos mujeres que afirman un parentesco que yo niego; así se lo significué desde el primer día a la señorita Manuela Casteras diciéndole en substancia: «No creo una palabra de la novela que me cuenta usted. Si tiene usted derechos, hágalos usted valer; si no, evítame sus peticiones y libréme usted de su presencia.» Pues bien, lo que dije entonces a esa señorita, se lo repito hoy a usted, señor de Lecoutellier. No conozco ni quiero conocer a la señorita Casteras ni a su hija... Por otra parte, un escándalo o una tentativa de *chantage* no me pre-

ocupan lo más mínimo. Libres son de reclamar delante de los tribunales la fortuna que pretenden...

—¡Dinero!, exclamó Claudio sin dejarle acabar la frase. Caballero, hágame el honor de creer que por una despreciable cuestión de dinero, el Dr. Lecoutellier no habría consentido en servir de intermediario entre sus parientes y usted. Poco me importa a mí y poco les importa a ellas, a Dios gracias, la fortuna que heredó usted de su tío Aspremont.

—¡Palabras, palabras!, exclamó el barón que no había podido reprimir un movimiento de asombro. Conozco el sistema: se reivindica únicamente un estado civil..., pero pensando que lo demás irá viniendo poco a poco.

—Repito a usted que el Dr. Lecoutellier no descendería a esas miserables reivindicaciones.

Y lanzando un profundo suspiro añadió:

—Guarde usted, si aun lo tiene, ese dinero maldito, ese dinero de discordia y de odio que, desde hace diez y siete años realiza su obra abominable en una casa en donde no ha dejado más que el vacío y la desolación... Guárdelo si lo tiene usted todavía y tanto mejor, sí, tanto mejor, si ya no lo tiene usted. Porque aunque estuviera encima de esa mesa y usted lo tomase para arrojármelo como rescate de su soledad, de su angustia, de su desaliento, yo, en nombre de Rolanda y de su madre, lo rechazaría con espanto... No, ese dinero que ha traído desgracia a todos ustedes, que no ha sido adquirido por la inteligencia y el trabajo, no lo queremos, no lo aceptaremos jamás, jamás, entiéndalo usted bien... ¡Ah, caballero! Compréndame usted mejor... Lo que yo quiero es traer a esta casa desesperada la paz, el olvido, la vuelta de los hijos que voluntariamente se han desterrado... Lo que yo quiero es curar a usted..., no olvide usted que soy médico. Usted padece, usted oculta a todos y tal vez se oculta a sí mismo su mal profundo, pero sufre usted la insoportable tortura de este mal... Y yo le traigo la curación... el alivio de la conciencia... Sr. de Lorgerac, usted no es de estos hombres para quienes las palabras justicia, lealtad, probidad han perdido su generoso significado... Usted ha recibido de sus mayores y ha de transmitir a sus hijos una herencia de honor infinitamente más preciosa que otra cualquiera...

—Y se la transmitiré, caballero, exclamó el barón con una voz vibrante que en él era ya indicio de turbación violenta.

—Pues entonces no tiene usted el derecho de desviar la mirada cuando le muestran la luz de la verdad.

—Nadie me la ha mostrado todavía...

—Abra usted, pues, los ojos; yo voy a mostrársela.

Y con aquel irresistible ardor que constituía su gran fuerza y su seducción incomparable, añadió:

—Vengo de México; he querido cerciorarme, he querido ver..., y he visto.

—¿Qué ha visto usted?, preguntó el barón palideciendo.

—Un registro de estado civil desgarrado por un hombre a quien podría nombrar y que, si no me engañan mis presentimientos, no tardará en darse a conocer y en nombrarse él mismo...

Y como si la Providencia se decidiera al fin a intervenir en aquella aventura, en aquel momento llamaron de nuevo a la puerta del despacho.

—¿Qué ocurre?, preguntó impacientemente el barón al ayuda de cámara que asomaba por la puerta.

—Traen una carta y esperan contestación.

—Con permiso de usted, caballero, dijo Lorgerac abriendo la carta.

Leyóla primero distraídamente, después con atención extraña y al fin con visible emoción, y casi inconscientemente exclamó:

—¡Vamos!.. Hoy es día de estas cosas... En verdad que las señoras Casteras traen ocupada a mucha gente.

—Esta carta la firma Delorme, dijo Claudio iluminado por una visión repentina.

—¿Uno de sus aliados, seguramente?

—¡Ah, caballero! ¡Cómo se arrepentirá usted!..

Y con ademán de autoridad, señalando al criado que esperaba, prosiguió:

—Dos palabras, señor barón, antes de que conteste usted a esta carta... Van en ello su interés y su honor, Sr. de Lorgerac, añadió en voz baja.

Había tanta seguridad, tanta lealtad en aquel acento que el barón, cada vez más turbado dijo al ayuda de cámara:

—Déjenos usted; ya le lo amaré para la respuesta.

Y cuando aquél se hubo retirado, prosiguió dirigiéndose a Claudio:

—Exijo de usted que explique las palabras que acaba de pronunciar.

—Pide usted la prueba del matrimonio de su primo Aspremont con Manuela Casteras; pues bien,

ese hombre la tiene..., la robó hace diez y siete años. Él fué quien arrancó la página del registro de la iglesia de Río Frío, en donde el acta estaba transcrita y firmada por los novios, el celebrante y los testigos... Y esa página que ha conservado precisamente, hoy viene a proponerle a usted que se la compre.

El barón se puso pálido pero no contestó.

—Sí, prosiguió Claudio; quiere venderla, porque lo que él desea es dinero. Y para hacer dinero de lo que ha robado, trataba, hace pocos días, de casar a su prima de usted, Rolanda, con un miserable, de buena familia desgraciadamente..., un desgraciado, más bien, capaz de todo y dispuesto a todo, a venir aquí, al día siguiente de la boda, trayendo el documento auténtico, indiscutible, y decir a usted: «Restituya, restituya inmediatamente.»

—¡Un matrimonio!.. ¡Cómo podía ser esto si hace apenas tres meses!..

—.. ¿Que la señorita Rolanda de Aspremont acogía benévolamente la demanda de alguien a quien usted conoce?.. ¡Ah! Es que en estos tres meses han sucedido, o al menos han estado a punto de suceder, cosas muy dolorosas... Para llegar a ese matrimonio, que era además un robo, ese Delorme que escribe a usted, no retrocedió ante ninguna infamia, aprovechándose de mi ausencia para hacer perecer de hambre, para aterrorizar, para volver locas a las dos pobres mujeres a quienes mi partida dejaba sin recursos y sin defensor... Y de haber llegado yo un día más tarde, su prima Rolanda, para salvar la vida de su madre... Pero tranquilícese usted; mi regreso imprevisto salvó a la valerosa, a la heroica niña y le salvó también a usted... Delorme y su digno asociado han abandonado el campo; ya no es por medio de Rolanda por quien pueden, en lo sucesivo, llegar hasta usted y por usted hasta la fortuna de su tío Aspremont.

Y viendo, por el abatimiento y el terror de aquel a quien había vencido y que ya no pensaba en negar ni en rebelarse, que su alma había alcanzado el punto vulnerable, redobló su ataque.

—Sé que su fortuna de usted está comprometida, que sólo gracias a su crédito hace usted frente a una situación de día en día más peligrosa... Realizar la cantidad que representa la fortuna que su tío le dejara, realizar siquiera la mitad, la cuarta parte, sería para usted la liquidación y esa liquidación constituiría la ruina... Y la ruina es aún lo de menos, porque herida de dinero no es mortal; lo temible es el envenenamiento por el dinero... ¿Se atrevería usted a afirmarme que de esta crisis salvaría usted incólume la herencia de honor que recibió usted de sus antepasados para transmitirla a sus hijos?

¡Ah! Esta vez el arma había herido terriblemente. Ante aquellas últimas y terribles palabras, aquel hombre se olvidó al fin de su papel de impasibilidad, del papel que venía representando desde hacía diez y siete años, y en unos segundos envejeció como si de pronto se hubiese desplomado sobre él un cuarto de siglo. Las arrugas que surcaban su frente sudorosa, el círculo amoratado de sus ojos que visiblemente se hundían en sus órbitas, el temblor convulsivo de sus labios lívidos, sus hombros que se encorvaban como bajo un peso aplastante, todo en él era postración, capitulación, confesión...

Y Claudio, que al presente le dominaba, que al fin le tenía rendido a discreción, le preguntó:

—Y ahora, ¿qué va usted a resolver, Sr. barón de Lorgerac, por usted..., por los suyos..., por el nombre que lleva?..

Y el desdichado, que ya no luchaba, murmuró:

—Si fuese verdad..., que, por ignorancia, hubiese yo despojado a unas desgraciadas, usted, que tantas cosas sabe, debe saber también qué es lo que me tocaría hacer...

Diciendo esto, brilló en sus ojos sombríos como un relámpago de resolución desesperada.

—Sí, dijo Claudio encogiéndose de hombros; la resolución suprema, que es también la suprema defección... ¡Ah, corazón de roca..., corazón de egoísmo y de orgullo!.. ¿Lo que le tocaría a usted hacer? ¡Abrir los brazos a Rolanda!

—¡La he arruinado!

—¡Que la ha arruinado usted!.. ¡Bendita sea esta ruina! ¡Bendita la santa pobreza que permite a unos muchachos pobres amarse sin segundas intenciones, sin obstáculos, sin remordimientos!

—La pobreza..., balbuceó el barón.

—¡Abra usted sus brazos a Rolanda!, dijo Claudio aparentando no haber oído aquel lamento.

—Se apartaría de ellos con repulsión... me odia...

—¡Ah! No crea usted siempre en el odio. Hay razones en los cuales el odio no puede entrar y el de Rolanda es uno de ellos.

(Se continuará.)

MR. ROOSEVELT

Durante su campaña de propaganda para trabajar su elección, el expresidente de la República de



Llegada de Mr. Roosevelt a su finca de Oster-Bay procedente de Chicago, en cuyo hospital hubo de permanecer algunos días a consecuencia del atentado de que fué víctima en Milwaukee. (De fotografía de Carlos Trampus.)

los Estados Unidos, Mr. Roosevelt, que, como es sabido, aspiraba a ocupar de nuevo la presidencia, ha sido objeto de un atentado que afortunadamente no ha tenido las funestas consecuencias que podían temerse.

Hallábase en Milwaukee y se disponía a asistir a un mitin, cuando un individuo llamado Schrank disparó contra él un tiro de revólver. El asesino fué inmediatamente derribado al suelo por el secretario de Mr. Roosevelt y detenido por la policía, que a

duras penas pudo protegerle contra la multitud que quería lyncharlo.

Schrank confesó que desde hacía muchas semanas venía siguiendo a Mr. Roosevelt esperando una ocasión propicia para asesinarle; y en sus bolsillos se encontró una protesta contra la candidatura de aquél a una tercera presidencia y una declaración refiriendo un sueño en el que se le apareció el expresidente Mac Kinley y le dijo: «Roosevelt es mi asesino; venga mi muerte.»

Créese que Schrank tiene perturbadas sus facultades mentales desde que perdió, en 1904, a su novia, que murió en un incendio en el que perecieron mil personas.

Mr. Roosevelt, a pesar de estar herido, asistió al mitin, pronunciando un discurso de una hora; después, dirigióse al hospital, en donde los médicos le reconocieron y le autorizaron para trasladarse a Chicago. En esta última capital fué sometido a un nuevo reconocimiento, del que resultó que el expresidente tenía una costilla fracturada y que la bala estaba alojada cerca del esternón.

Pocos días después, Mr. Roosevelt, notablemente mejorado, pudo abandonar el hospital de Chicago y marchar a su finca de Oster Bay.

El atentado causó profunda emoción en todos los Estados Unidos, habiéndose demostrado una vez más en esta ocasión el grandísimo prestigio de que Mr. Roosevelt goza entre sus conciudadanos.

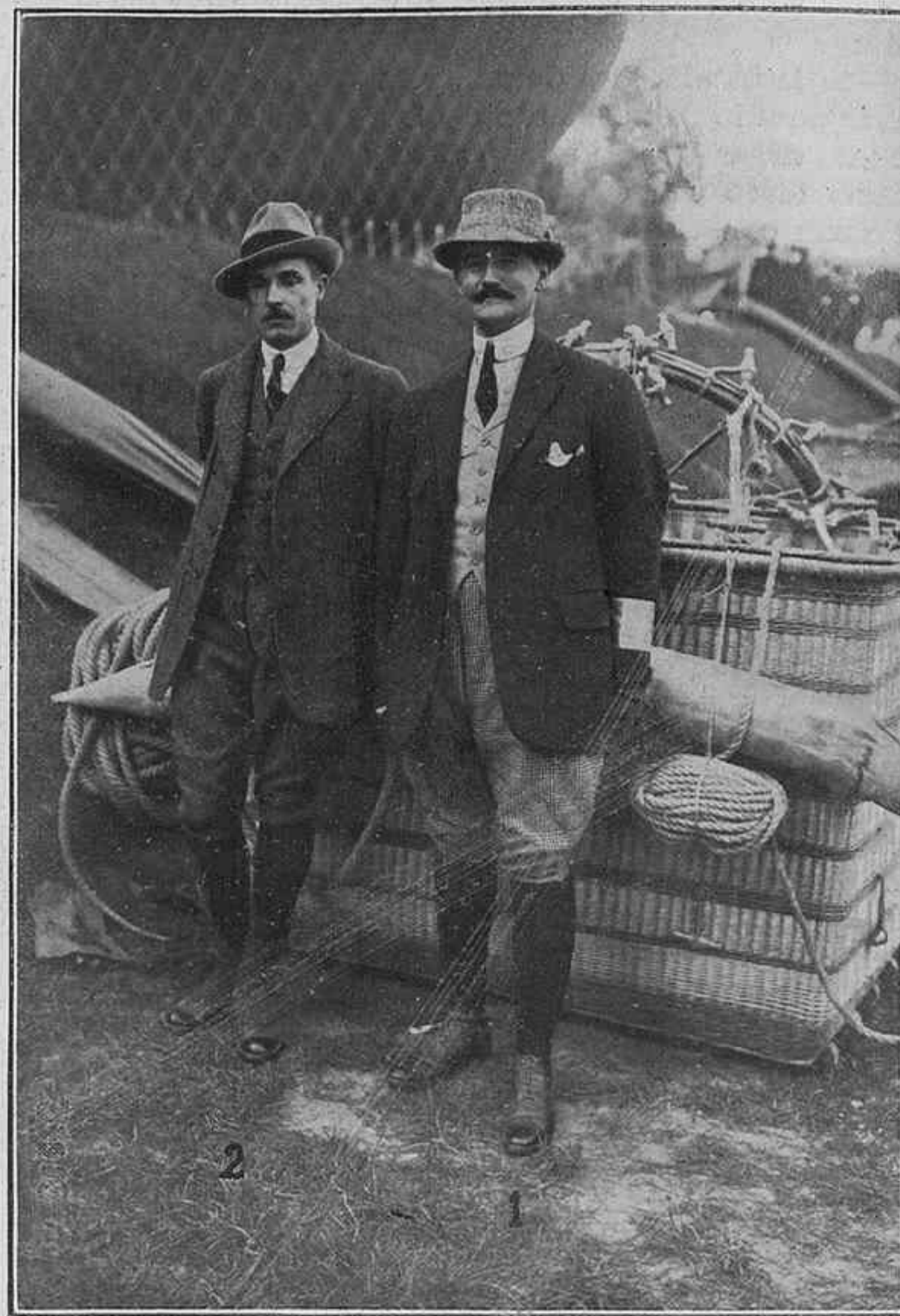
LA COPA GORDÓN-BENNET

PARA LOS GLOBOS ESFÉRICOS

El día 27 del mes pasado efectuóse en Stuttgart el séptimo concurso internacional de la copa Gordón-Bennet para los globos esféricos. Tomaron parte en él los globos *Picardie, Ile de France* y *Bearn*, franceses; *Hóneymoon*, inglés; *Busley, Frankfurt y Astarté*, austriacos; *Azurea, Zurich y Helvetia*, suizos; *Harburg y Berlin II*, alemanes; *Andrómeda y Libia*, italianos; *Graf Zeppelin*, dinamarqués; *Bélgica II y Minckelers*, belgas; y *Million Populace* y *Onclé Sam*, norteamericanos. Estos globos llevaban respectivamente como pilotos a los conocidos aeronautas Bienaimé, Leblanc, Blanchet, de Francia, Manusbarth, Lehnert, Sieg-

mundt, Müller, Sorg, Eiermacher, Korn, Uselli, Picolli, Seidelin, Demuyter, Gerard, Berry y Honnywell.

El ganador del concurso ha sido Bienaimé, quien llevaba de segundo a Rumpelmayer, y descendió en Riasán, cerca de Moscov, a 2.200 kilómetros de Stuttgart, habiendo permanecido en el aire 46 horas y batido el record del mundo.



Los aeronautas franceses Bienaimé (1) y Rumpelmayer (2), ganadores de la copa Gordón-Bennet para globos esféricos. (De fotografía de M. Rol.)

Bienaimé debutó en la aerostación en 1906; en 1908 hizo el viaje aéreo de Saint-Cloud a Munich y en 1911 batió el record francés de altura elevándose a 9.488 metros y efectuó el viaje de Lamotte-Breuil a Riga (1.700 kilómetros) en 16 horas.

LOS DIPUTADOS CRETENSES

EN EL PARLAMENTO DE ATENAS

Pocos días después de haber roto las hostilidades contra Turquía los montenegrinos, realizóse en el Parlamento griego un suceso de verdadera trascendencia y que por sí solo habría sido un *casus belli* entre Grecia y la Sublime Puerta: la admisión de los diputados cretenses en la Cámara de los Diputados de Atenas. Este hecho causó gran sensación en el mundo diplomático, porque en el fondo significaba que Grecia se hallaba decidida a romper todos sus compromisos en la cuestión de Creta.

El presidente del Consejo de ministros Sr. Venizelos, al recibir a los diputados cretenses, pronunció un discurso en el que, después de saludar con entusiasmo a aquéllos, hizo importantísimas declaraciones, manifestando que Grecia aceptaba que no hubiese más que una Cámara única y que, en el caso de que estallara la guerra entre Grecia y Turquía, la opinión pública griega y cretense no aceptaría una solución intermedia, sino que al terminar aquélla se adoptaría una solución definitiva.

El gobierno griego envió luego al gobierno cretense un despacho comunicándole un extracto del discurso del Sr. Venizelos y rogándole que continuase administrando la isla.—T.



La guerra en los Balkanes.—Entrada de los diputados cretenses en el Parlamento de Atenas, suceso que ha constituido el *casus belli* entre Grecia y Turquía por haber ésta manifestado siempre que lo consideraría como una declaración de guerra. (De fotografía de Harlingue.)

ROMA. — FIESTAS DEL 16.º CENTENARIO DE LA VICTORIA DE CONSTANTINO EL GRANDE.

En la capital del orbe católico se han celebrado grandes fiestas con motivo del 16.º centenario de la famosa victoria conseguida en 28 de octubre de 312 sobre Magencio, victoria que tan decisiva influencia tuvo en los destinos de la Iglesia, pues con ella quedó definitivamente asegurado el triunfo del cristianismo.

Inauguráronse dichas fiestas con una sesión solemne que se efectuó en el gran salón del palacio de Letrán, el palacio mismo que fué donado por Constantino a la Santa Sede, y a la cual asistieron catorce cardenales, el Cuerpo Diplomático acreditado cerca del Vaticano y gran número de preladados. Después de haberse ejecutado un coro de Gounod, pronunciaron elocuentes discursos el vizconde Macchi, presidente del comité central de las fiestas; el sabio arqueólogo profesor Marucchi; el Sr. Nogara, vicepresidente del comité romano; monseñor de Waal y el conde Santucci.



Roma. Conmemoración del 16.º centenario de la victoria obtenida por el emperador Constantino sobre Magencio, en 28 de octubre de 312.—Solemne sesión celebrada en el palacio de Letrán. (Fot. de C. Abeniacar.)

Con motivo de esta conmemoración, S. S. Pío X se propone dirigir una encíclica a toda la cristiandad recordando la importancia grandísima del suceso conmemorado.

La batalla en que Constantino venció a su rival, el tirano Magencio, se libró en Saxa Rubra, lugar

situado a nueve millas de Roma. Las legiones de Constantino, compuestas de soldados veteranos, dispersaron del primer choque las tropas bisoñas de su adversario, cuyos soldados fugitivos hallaron, en su mayoría, la muerte al pasar un puente de barcas que Magencio había hecho construir con el propósito de que se rompiera al peso del ejército enemigo. La cabeza de Magencio, clavada en una pica, sirvió al día siguiente de trofeo al vencedor, quien fué recibido con grandes demostraciones de alegría por el Senado y por el pueblo, que le concedieron el título de libertador de la patria. Constantino, después de haber castigado severamente a los partidarios del emperador vencido, dió una amnistía general, llamó a Roma a los desterrados devolviéndoles sus bienes, completó el Senado, sin distinción de religiones, y le devolvió sus prerrogativas; los senadores, agradecidos, le colmaron de honores, instituyeron juegos en honor suyo y le votaron un arco de triunfo.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris
Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^a St-Denis, 16

VINO Y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal
EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anemia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ZEISS
TESSAR
1:3.5 1:4.5 1:6.3
OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.
Pídase el prospecto «P. 281» que se envía gratis y franco.
De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

BURGOS.—FALLECIMIENTO Y ENTIERRO DEL ARZOBISPO DR. MURÚA



Excmo. e Ilmo. Dr. D. Benito Murúa, arzobispo de Burgos, fallecido repentinamente el día 29 de octubre último en el monasterio de La Vid, de Aranda de Burgos.

En el monasterio de La Vid (Aranda de Burgos), en donde se encontraba pasando una temporada para reponerse de una reciente enfermedad, ha fallecido repentinamente el Excmo. e Ilmo. señor arzobispo de Burgos, Dr. D. Benito Murúa.

Era el Dr. Murúa un prelado tan sabio como virtuoso, modesto y humilde, que sólo vivía consagrado al cumplimiento de sus altos deberes sacerdotales y al cuidado de su archidiócesis.

Había sido canónico doctoral en el obispado de Cádiz, en donde se distinguió como orador elocuentísimo, de profunda ciencia teológica, y en 1894 fué elevado por sus virtudes y méritos a la silla episcopal de Lugo, en la que permaneció hasta 1909, captándose el cariño de todos sus diocesanos.

Al morir el ilustre cardenal Sancha y ser trasladado a la metropolitana de Toledo el cardenal Aguirre, el Dr. Murúa fué nombrado arzobispo de Burgos, en donde ha continuado, hasta su fallecimiento, su admirable labor evangélica.

El Dr. Murúa había nacido en Algete en 1846; era doctor en sagrada Teología y senador por derecho propio, poseía una sólida y profunda cultura y había hecho importantes estudios sobre materias religiosas. Sencillo, modesto y bondadosísimo, dedicábase por completo a la Religión y la práctica de obras de caridad.

Por los relevantes servicios que prestó a la patria en la época de las guerras coloniales, cuando era obispo de Burgos, el gobierno le había recompensado con la gran cruz del Mérito Militar.



Burgos. Entierro del Excmo. e Ilmo. Dr. Murúa.—Paso de la fúnebre comitiva por la calle de Lain Calvo (De fotografías de Alfonso Vadillo.)

El cadáver del Dr. Murúa, después de embalsamado, fué trasladado a Burgos, quedando depositado en la capilla del palacio arzobispal y habiendo desfilar por delante del mismo numeroso público perteneciente a todas las clases sociales de aquella capital.

El día 2 de este mes efectuóse el entierro, que revistió gran solemnidad y constituyó una imponente manifestación de duelo, que presidieron el capitán general, el gobernador y el alcalde.

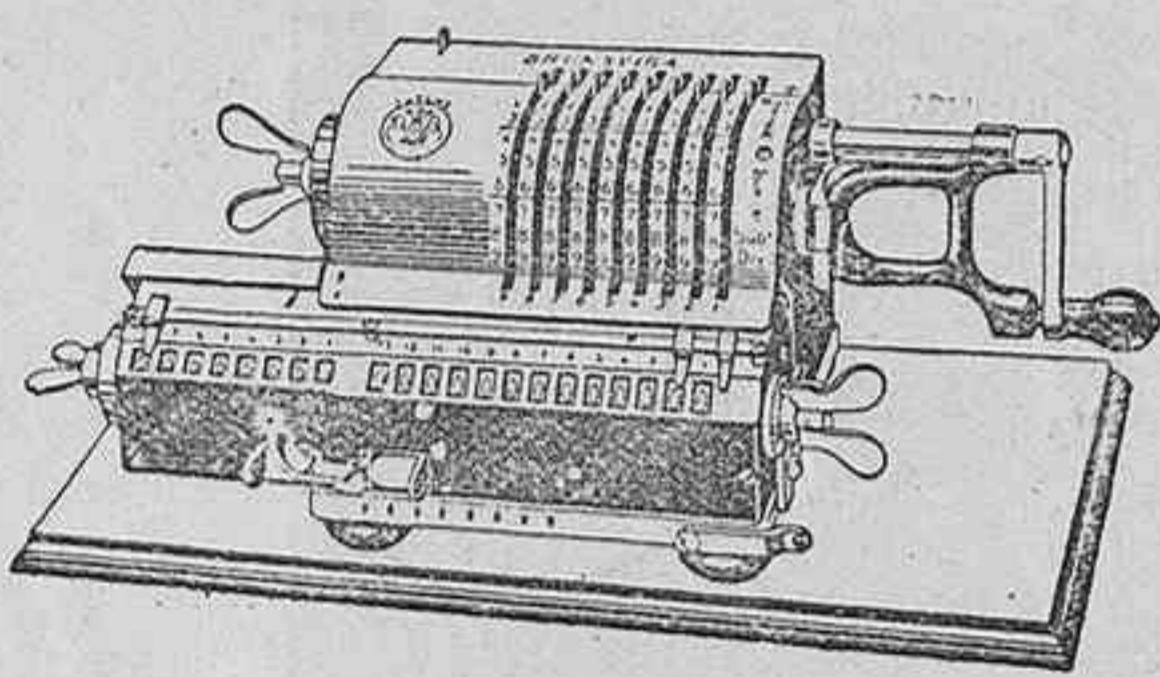
Formaban la fúnebre comitiva las comunidades religiosas, el cabildo, el clero parroquial, las autoridades, todas las corporaciones y el Ayuntamiento en pleno.

En el duelo figuraban los sobrinos del finado, el secretario particular de la infanta Doña Paz, los obispos de Osmá y de León, el administrador apostólico de Calahorra y el deán de Valladolid.

El paso del cortejo por las calles fué presenciado por un inmenso gentío.

Al llegar el entierro a la catedral, el féretro fué colocado en un túmulo, celebrándose un oficio de difuntos que dijo el obispo de Santander.

Los restos del ilustre prelado fueron sepultados en la capilla de Santa Tecla.



Máquina de calcular

BRUNSVIGA

Hace toda clase de operaciones aritméticas * Pidase catálogo

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º * BALMES, 7 * BARCELONA

MOSAICOS HIDRÁULICOS
ORSOLA SOLÁ Y C.^A

Plaza de la Universidad, núm. 5.—BARCELONA

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLI-VEE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN